

La Ciudad de San Salvador en 1916

por

CARLOS URRUTIA F.

Contenido de este último libro en preparación:

INTRODUCCION. — Sinópsis. — Información general compendiada. — EDIFICIOS. — Palacio Nacional. — Escuela Normal de Varones. — Teatro Nacional. — Cuartel de Ingeniería Politécnica. — Universidad Nacional. — Casa Blanca. — Casa Presidencial. — Penitenciaría. — Cárceres Públicas. — Cuartel de Artillería (Zapote). — Cuartel «Francisco Menéndez» del Ejército. — Cuartel de Caballería. — Dirección General de Policía. — Dirección General. — Tesorería General. — Administración de Rentas. — Imprenta Nacional. — Agricultura. — Hospital Rosales. — Escuela de Medicina. — Profilaxis Venérea. — Nudo Sanatorio de Tuberculosos. — Otros edificios de mayor o menor importancia. — EDIFICIOS. — Teatro Colón. — Teatro Variedades. — Teatro Principal. — Estación de Ferrocarril. — Estación del Ferrocarril de San Salvador y Santa Tecla. — Estación de Ferrocarril. — Catedral Metropolitana. — Basílica del Sagrado Corazón. — San José. — La Merced. — Concepción. — Candelaria. — El Calvario. — La Vega. — Don Bosco. — Capilla del Hospital. — Logia Masónica. — Salas Evangélicas. — Parque Dueñas. — Parque Bolívar. — Parque Barrios. — Parque Arce. — Finca Independencia. — Finca Modelo. — Hipódromo del Campo de Marte. — MONUMENTOS PUBLICOS. — Monumento del Centenario. — Monumento de Gerardo Barrios y su esposa en el Cementerio General. — Estatua del Padre Las Casas. — Estatua de Cristóbal Colón. — Busto del General Arce. — Busto de Gerardo Barrios. — Busto de Morazán. — Busto de Porfirio Díaz. — Busto de Juan Meléndez. — Busto de Cervantes. — Busto del Dr. Buitrago. — Busto de Sara Guerra. — Busto de Morazán en el Cementerio. — Estatua de José Rosales. — Estatua de Gerardo Barrios. — FERROCARRILES. — Tranvías. — Transportes. — Empresas de Automóviles. — Compañías de Vapores. — Otras Compañías anónimas. — Capítulos de costumbres y de otro género. — Cada monografía irá ilustrada con uno o varios fotos de su importancia. — Este libro esencialmente salvadoreño, además de su valor histórico, tendrá un directorio general de la ciudad, sin gravámenes para los dueños de establecimientos, como los que se refieren a carriles, Luz Eléctrica, Compañías de Seguros, Hoteles, Transportes urbanos y toda clase de explotación particular. La información oficial es honoraria.

José León Leiva

LEON, NICARAGUA, C. A.

Comisionista en general

Especialidad en suscripciones

a revistas extranjeras

MANUEL GUTIERREZ

Comerciante e

Acepta representaciones
de casas extranjeras

9a. Calle Oriente

Ciudad de Guatemala

ACTUALIDADES

DIRECTOR LITERARIO:
S. MARTINEZ FIGUEROA

Revista
Mensual
Ilustrada

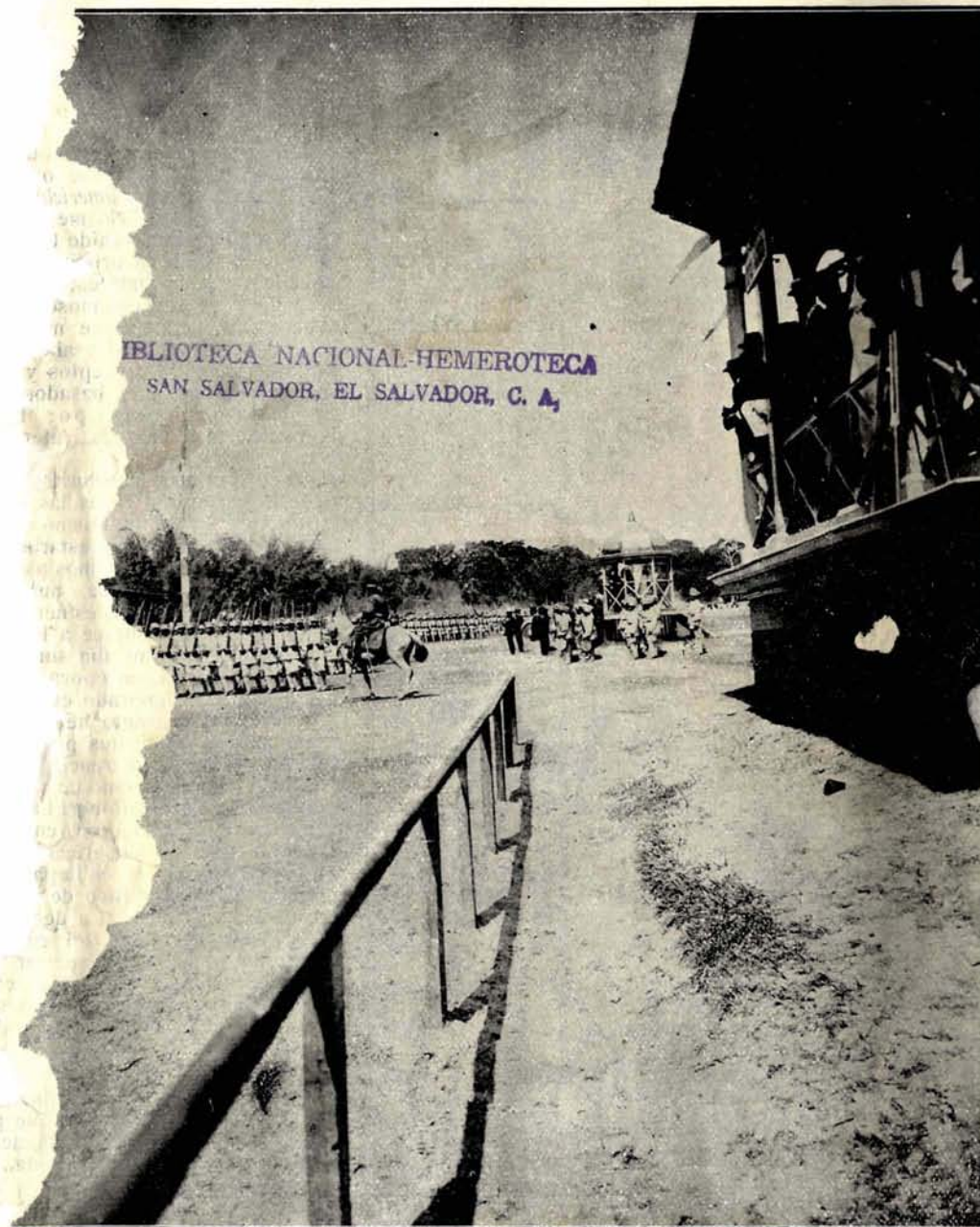
DIRECTOR ARTÍSTICO:
FRANCISCO R. GONZALEZ

Fotógrafo: A. BERRIOS

Año II.

San Salvador, C. A., marzo de 1916.

No. 15



BLIOTECA NACIONAL-HEMEROTECA
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.

Una revista militar efectuada en el Campo de Marte, el 10. del actual, con motivo de la celebración del aniversario de la exaltación al Poder, del señor Presidente don Carlos Meléndez.

ACTUALIDADES

No es sino con el más vivo agradecimiento que he oído las palabras del Excmo. señor Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, porque ellas son el nudo final de una serie de hechos elocuentes que forman una cadena de fraternidad, de amistad y cortesía, con que el Gobierno y el pueblo salvadoreños han sujetado mi voluntad y la gratitud del Gobierno y del pueblo costarricenses.

Las palabras son flores, que cuando llevan el perfume del sentimiento que las dicta, glorifican al que habla y al que escucha. Los hechos son testimonios de acero, ante cuya evidencia no puede haber vacilación. Las palabras y los hechos asociados, constituyen la verdad.

Y por eso nos hallamos en un ambiente de verdad, sin que sea posible que suceda de otro modo; porque no podemos fingir sentimientos durante muchos años, y sólo una base de verdadera simpatía pueden dar origen a unas relaciones que, con el correr del tiempo, en vez de decrecer, más bien se agigantan, y en vez de palidecer, más bien se iluminan. Y el tiempo, cuando más corre, más nos echa a los unos en los brazos de los otros, porque nos va descubriendo arcanos cada vez más claros, y nos va revelando parentescos cada vez más fuertes, y nos va recordando responsabilidades comunes, cada vez más graves y premiosas.

¿Quién puede romper los vínculos de la sangre? Nadie; porque lo que la naturaleza ata, el hombre no alcanza a desatar. Se pueden escribir muchos volúmenes para verificar la ruptura y nada se ha logrado, porque, a despecho de todas las filosofías contrarias, el vínculo subsiste. ¿Dónde está la fuerza centrífuga que disperse los intereses de las cinco repúblicas hermanas? Esa fuerza no existe, y si se quisiera darle vida y energía, se iría al fracaso, como ocurre siempre que se intenta violar una ley natural.

No hay que darle vueltas. En Centro América somos hermanos, aún cuando no quisieramos reconocerlo así. Somos hermanos, por una ley superior a nosotros mismos; y los recelos, y las disensiones, y las querellas que por tanto tiempo nos han perturbado, vienen a comprobar el acerto: son asuntos de familia.

Nuestros abuelos dieron por bien hecho lo que hicieron cuando trazaron fronteras donde antes por dicha no las había. Allá ellos. No se trata ahora de destruir lo hecho, así de un golpe. No. Que esas fronteras materiales estén allí; no importa que estén. Su existencia no hace al caso; ya se derrumbarán cuando llegue su hora, más bien que por el filo de la espada, por la piqueta de la verdad. Que por encima de ella nos demos las manos;



Palabras
hermanas

Pronunciadas por el Excmo. señor Dn. JULIO ACOSTA, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Costa Rica, en el banquete dado en su honor, en la Mansión Presidencial, la noche del 18 del corriente, por el señor Presidente de la República don CARLOS MELENDEZ y su señora esposa doña SARA MEZA DE MELENDEZ.



que en lo moral y las haya; que estén c que esté por encima l almas, éso sí.

Y no otra cosa sur mentos, señores. Al no hay más que u surra cádenas fr des; no se ha escanc: más generoso: el de la s noble hospitalidad; y ese f belleza salvadore y de la tarricense, que ll de luz flota en este algo leme y puro entre do se escap n de to sentes. Er é se o proclamer roamerica una doctrina? No me que hasta hoy se ha venido y que ha perdido su pris labios insinceros y falaces: a esa doctrina que, manos tantas veces, ya no sirve n alimentar el desengaño y alca calismo. Hablame conceptos y tos nueve que basados ley de la naturaleza, por l vieja como el mundo: la frater versal.

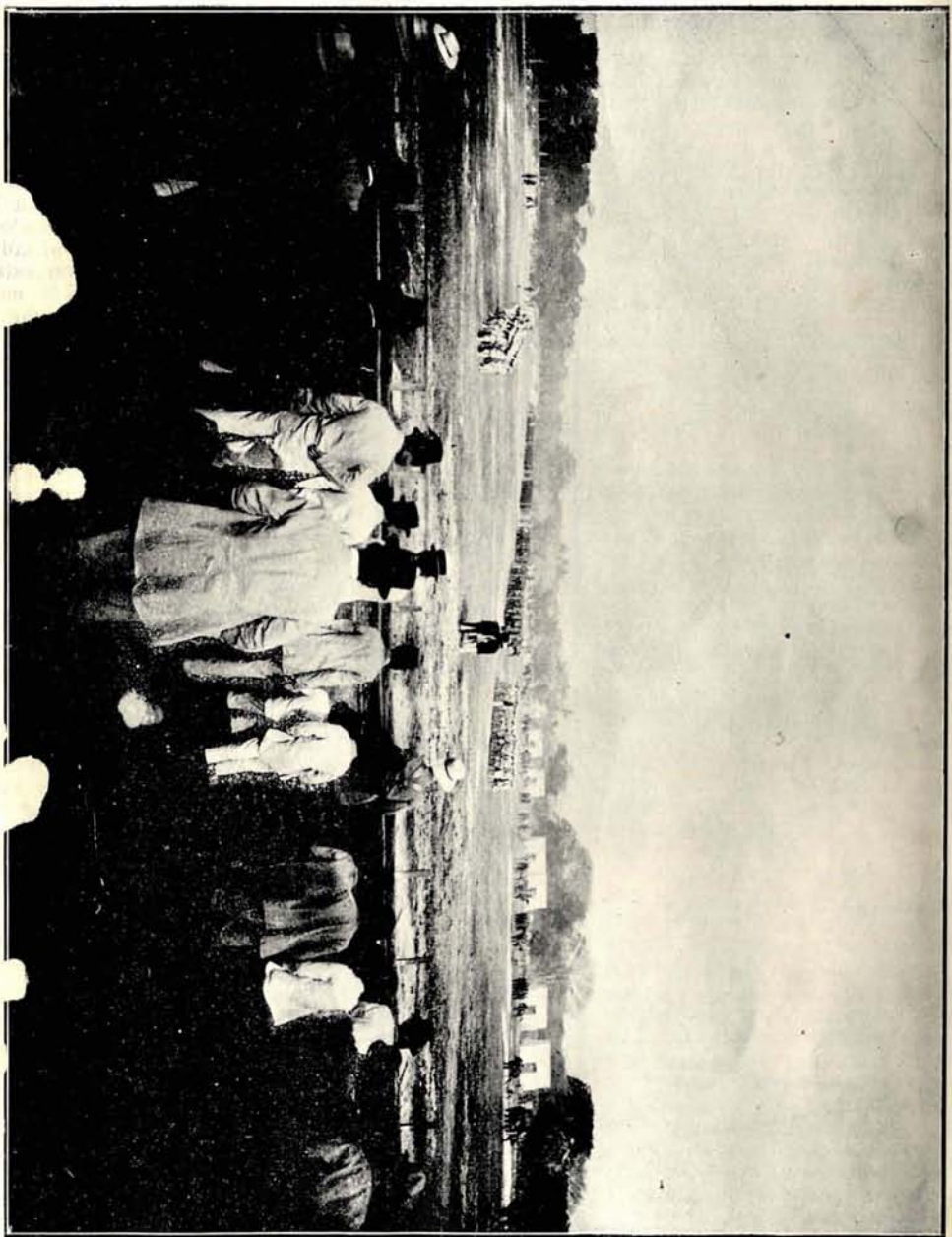
Una corriente de panameri pende hoy a unir a todas las de América, hacia un mismo solidaridad común. ¿No estaría a la vez que nos prestamos a lo largo del continente, aur mayor energía nuestros esfuer órbita menor, que abrace a l ciones que un mismo día su vida, y que nunca, en época su historia, han ignorado el lógico que las consagra he, legítimas de los mismos p juntas de la misma herenci

El Secretario de Estado de L dos, honorable señor Robt L hace poco en Washington, er memorable: «El panamericano, res, en último análisis, es la pa cordando a aquel político de elocuencia, me aventuro a dec «El centroamericanismo, tal co pongo, sin que pueda despertar picacias de nadie, es también, cuentas, la paz, y el orden, y pendencia, y el decoro de la Central.»

La actitud del Gobierno y e ciudad salvadoreños, al recibir brazos abiertos a la Misión que p y al tributar tan sentidos homer la buena compañera de mi vida, testimoniar cuanto he dicho, y a de relieve que hay un sentimic disimo, cuyas raíces están en la esencia de nuestro sér, que force enlazarnos, y al que, a la post hemos de abandonar.

HS 2032187

ACTUALIDADES



ACTUALIDADES

GUSANO DE GANCHO es el nombre español que se ha dado al parásito intestinal a que me refiero en este escrito. Al parásito se le llama técnicamente «Agckyllostoma,» palabra derivada del griego y que quiere decir, boca con gancho; con este nombre se denomina la especie europea del parásito. El nombre que distingue a la especie americana, en la fraseología científica, es «Uncinaria,» voz que viene del latín y también indica gancho. Hay una especie menor americana, que se le conoce con el nombre latín de «Necator Americanus,» que en español significa Asesino Americano. Para el uso general es mejor ocupar el nombre español, Gusano de Gancho, que todos entendemos y que abraza todas las especies del parásito y al mismo tiempo expresa una notable particularidad de él, como lo indican sus dos nombres científicos primeramente expresados.

El doctor italiano Dubine fué quien descubrió, en 1838, el Gusano de Gancho, y desde entonces otros lo han observado y descrito.

Aunque reconocido por cerca de un siglo, el Gusano de Gancho nunca había sido relacionado con la anemia de los trópicos, de que es la causa, hasta en el año de 1898. Cuando las tropas norteamericanas tomaron posesión de la isla de Puerto Rico se sorprendieron de la gran anemia de que padecían la mayor parte de los habitantes. Inmediatamente se nombró una comisión para la investigación de la causa de la anemia, y esta fué la que estableció por primera vez la relación entre la anemia tropical y el Gusano de Gancho. La comisión comenzó una campaña contra el terrible parásito y logró una sorprendente mejora por todo el país, y demostró que la completa erradicación del gusano podía resultar solo después de una persistente guerra contra él.

Tan luego que la relación entre el Gusano de Gancho y la anemia tropical fué establecida por la comisión en Puerto Rico, se comenzó otra investigación igual en los Estados del Sur de los Estados Unidos y en varias otras partes del mundo en que la anemia predominaba. Los resultados de estas investigaciones fueron sorprendentes en el gran número de personas que hallaron infectadas del terrible gusanito, y comprobaron las investigaciones de la comisión en Puerto Rico, demostrando que el Gusano de Gancho es el azote más terrible que aflige a la mitad del mundo.

Fuó en 1903 que el multimillonario Rockefeller reconoció que la exterminación del parásito sería el mayor servicio que se podía hacer al mundo y entonces se organizó la Comisión Sanitaria Rockefeller, como ramal de la Fundación Rockefeller. La Comisión principió sus tareas el siguiente año, y desde enton-



Nota
científica de
actualidad

El
Gusano
de
Gancho

Es el propósito de la Comisión Internacional de Sanidad, de la Fundación Rockefeller, erradicar el pestífero gusano de todos los lugares donde exista y dejar a los países azotados en condiciones de verdadera virilidad. Nunca en la historia del mundo se había intentado una tarea de semejante magnitud, y, por lo que se ha logrado durante el poco tiempo que la Comisión ha estado en operación, hay toda razón de creer que el éxito será completo.



ces ha llevado una forma contra este gran enemigo y su eficacia en todos los lugares de notable ha sido su éxito, dada de que dentro de pocos la gente infectada estará libre de su no maléfico.

El Gusano de Gancho es un parásito muy menudo que ocupa generalmente los intestinos delgados, el duodeno y el estómago. Algunas veces se le halla accidentalmente en el corazón, los pulmones, el esófago y otros órganos. El gusano mide media pulgada de largo y es de grosor de un alfiler ordinario. La boca es grande y fuerte y está armada de dientes encorvados parecido al colmillo del veneno de una víbora. Con este se prende firmemente en la membrana del intestino o de otro órgano en que está. En la cortadura que hace el diente chupa la sangre y, al mismo tiempo, echa en la circulación un veneno que destruye las fuerzas del individuo.

El Gusano nunca sale vivo de los intestinos ni se reproduce en el cuerpo humano. Se multiplica por medio de muy diminutos huevos que ponen las hembras en los intestinos. Cada hembra deposita diariamente de 200 hasta 400 huevos. Estos salen con las evacuaciones. Siendo favorables las condiciones del lugar en que se hacen las evacuaciones, el huevo nace a las 24 horas. Durante la semana que sigue, el bicho siempre en el lugar de nacimiento, cambia el cutis dos veces, a manera de culebras, y, después de los dos primeros días, no come nada y pasa inerte, hasta los ocho días de nacido, cuando ya está en condición de entrar en el cuerpo humano, cosa que puede hacerse por diferentes modos. Primero, puede entrar por la boca: ya bebido con el agua, ya comido con las legumbres o frutas que hayan sido cultivadas en terreno infectado, como la lechuga, el rábano, el tomate que se cosechan cerca de la superficie de la tierra y que se comen cocinados; sobre estas verduras se tratan los animalitos y así son tragados vivos.

Segundo, está demostrado que las cascas que vienen del terreno infectado van adheridos a las patas los pequeños gusanos, los que depositan en la sopa, en la leche, el pan o cualquiera otra comida que se paran. Al ser comidos como alimentos, los gusanitos son tragados. Tercero, puede taladrar el cutis hasta llegar en la corriente de la sangre, lo lleva al corazón y los pulmones y entonces sube por la tráquea de donde puede ser arrojado con las flemas, tos, o tragado, llegando así al estómago y finalmente a los intestinos.

La herida producida por la salida del cutis produce una picazón que anteriormente era atribuida equivocadamente

ACTUALIDADES

te a varias otras causas. El gusanito penetra generalmente en el organismo por los pies y los tobillos, siendo éstas las partes del cuerpo que llegan más en contacto con el suelo infectado, y entre las personas que trabajan en el campo, las manos y los brazos llegan a ser puntos de fácil alcance para los gusanos. El parásito puede penetrarse por cualquier parte del cuerpo, pero naturalmente se introduce por donde más luego viene en contacto. Todos estos modos de penetrar en el cuerpo han sido demostrados tanto en los seres humanos como en los irracionales. El gusano de Gancho también infecta a los perros y otros animales.

La enfermedad causada por el Gusano de Gancho se llama en América «Uncinariasis.» Se parece a la anemia ordinaria producida por otras causas, pero es más profunda y no tiene otro remedio más que la sacada del parásito del trayecto digestivo. Un enfermo, después de extraerle los gusanos, se recupera con admirable rapidez, y lo mismo sucede con una comunidad o nación, la que una vez libre de la infección, recupera sus debilitadas fuerzas, y los habitantes salen del estado indolente e involuntario, tanto en lo físico como en lo intelectual, en que están sumergidos, y entran en una nueva vida de actividad y progreso. En lugares de mucha infección, los niños heredan la anemia y, como viven en las mismas condiciones de infección, luego se infectan directamente, y da por resultado que no crecen bien, adquiriendo solamente una

estatura baja, no se desarrollan bien, viven unos pocos años de inutilidad y mueren prematuramente, sin haber dado al mundo ningún servicio ni tampoco haber gozado los años que tuvieron de vida.

Se cree que el Gusano de Gancho fué introducido en la América por los negros esclavos importados del África. Los españoles e ingleses que vinieron a este hemisferio en seguida de su descubrimiento, eran demasiado viriles y enérgicos para que podamos suponer que venían infectados del parásito.

Desde qué época padecen los países europeos de la enfermedad del Gusano de Gancho es difícil calcular. Las poderosas naciones de los trópicos y semitrópicos de la Europa y el Asia que dominaron el mundo antes y al principio de la Era Cristiana, no podían haber estado infectadas de este terrible gusano que acaba con las fuerzas de naciones enteras. Hubo la época en que la potencia dominante, paulatinamente se trasladó de la faja ecuatorial a la zona templada, en donde desde hace muchos siglos ha existido y aumentado en potencia. Es en el principio de este cambio de lugar de la potencia del mundo cuando el Gusano de Gancho debió haber empezado a existir. Se cree que con la completa destrucción del parásito, los países infectados (que están comprendidos en la faja ecuatorial) volverán a ocupar su lugar entre las naciones potentes del mundo.

J. E. FOSTER.



Recuerdos

RIZO DE SEDA



¡El corazón codicioso e inconforme ansiaba
un rizo!... Y en la noche de seda de tu cabellera,
hirió como un rayo de sol el metal de la tijera...
¡Profanación! ¡El dolor de arrepentido clavaba

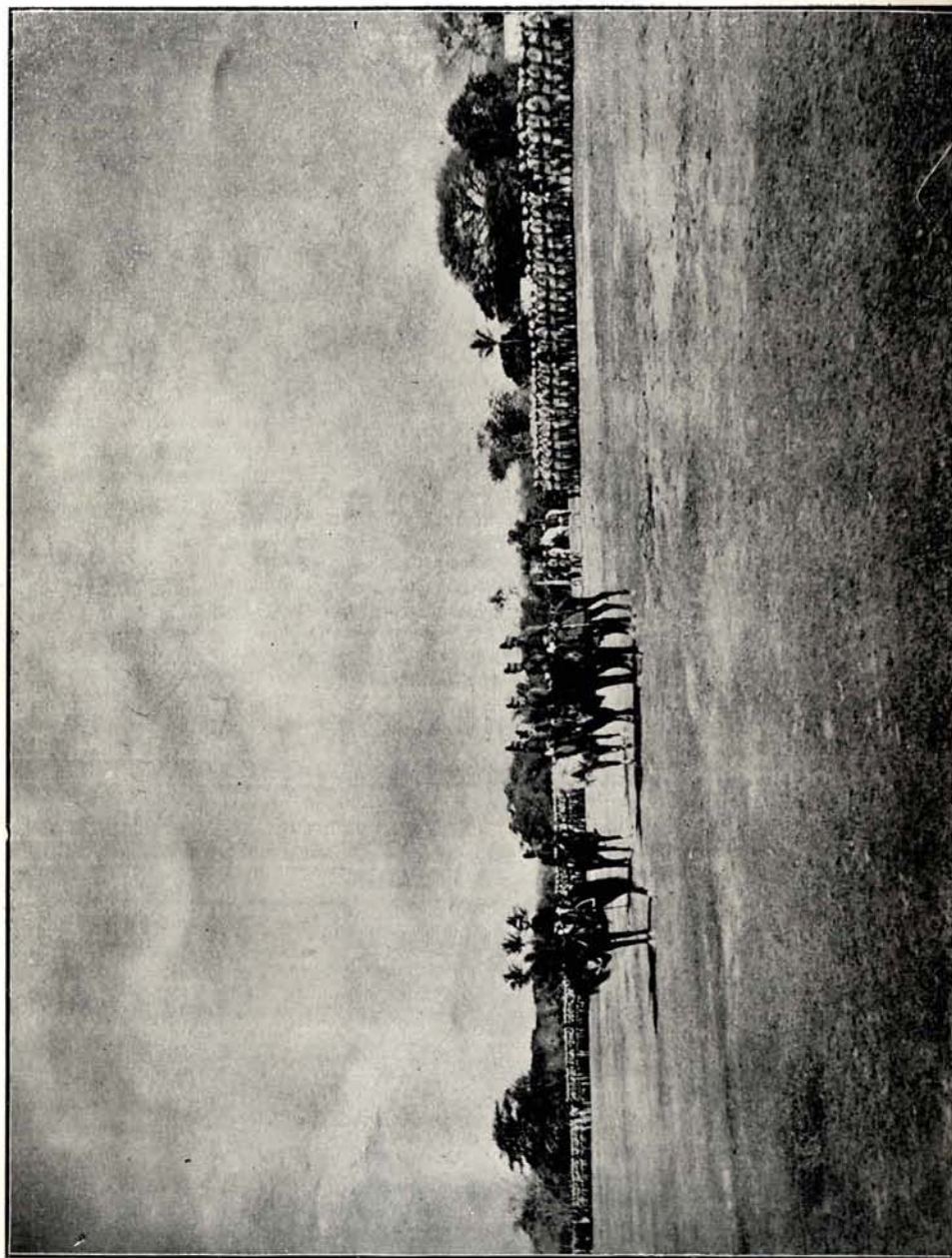
en mi alma su ira noble!... Tú, conforme,
mimosa, ceñías con una cinta roja el trofeo de
mis ansias... ¡Y era tu sangre y era tu vida que me
dabas con tu rizo!... Oh, corazón codicioso e inconforme...

Lo alzó la mano temblorosa hacia mi boca; amantes
mis labios, mis pobres labios anhelosos, lo besaron...
y tembló en mis labios y en mi alma un sabor de paraíso.

¡Rizo milagroso!... Bogando, mis ensueños triunfantes
en las góndolas de luz de tus pupilas se alejaron...
¡Y mi alma fué un sol dormido en la noche de tu rizo!

JULIO E. AVILA.

ACTUALIDADES



LA REVISTA MILITAR DEL 10. DEL ACTUAL; El General Emilio F. Avelar y sus ayudantes.

ACTUALIDADES

El Libro del Trópico, por ARTURO AMBROGI

(De la Revista "Evolución" - órgano de la Federación de Estudiantes del Uruguay, Montevideo.)

DEL Salvador, la pequeña y progresista República centro-americana, nos ha llegado esta obra extraña y sincera, valiosa por más de un concepto y representativa de una potente intelectualidad.

Arturo Ambrogi ha enriquecido ya la literatura salvadoreña con dos obras de innegable valor: *Marginales de la Vida y Sensaciones del Japón y de la China*. Ahora el autor aumenta su aporte con *El Libro del Trópico*, obra más vigorosa, más personal que las anteriores, sin ser por eso menos sincera ni menos espontánea.

Los libros de crónicas sueltas, de impresiones aisladas, de análisis sutiles sin ninguna conexión entre sí, requieren para triunfar, un sello de originalidad, muchas veces de exotismo, capaz de constituir un carácter que las diferencie de las obras análogas que pululan a millares. Y Ambrogi ha conseguido imprimir ese sello a su última obra, quizá debido a que el ambiente y las costumbres salvadoreñas nos son desconocidos, más si esto es cierto, restando así mérito a la obra literariamente considerada, aumenta su mérito americano, pues sirve para darnos a conocer un país hermano, cuyas condiciones desconocíamos.

El Libro del Trópico tiene páginas tan soberbias, tan llenas de color, que no podemos resistir a la tentación de transcribir algunos párrafos.

En *Camino de la Quebrada*, composición objetiva, digna de la pluma de Salvador Rueda, el autor nos dice:

A la quebrada, por el agua, van, por parejas, las muchachas...

Silenciosas, casi adustas. Con un reflejo de incurable tristeza de raza cincelado en el rostro enigmático. No cantan, como suelen hacerlo las muchachas que en los versos crepusculares de los poetas vuelven de la fuente. No cantan; pero tampoco se quejan. Caminan, lentas, reposadas, sin apresurarse porque alguien, tal vez las espera a la orilla de la quebrada, cerea de las claras vertientes. Van, llegan, toman, precisas, el agua. Y lleno ya el cántaro de barro, vuelven al rancho, al mismo paso reposado, con la misma calmosidad, y el mismo reflejo de la incurable tristeza de raza, cincelado en el rostro (del color del barro del cántaro y de la tierra asoleada).

Ese nervosismo, ese don descriptivo sentimental y extraño, palpita no en una, ni en dos, sino en todas las páginas del libro. Otras veces predomina el colorismo de rasgos efectistas, como acontece en *La Quema* donde Ambrogi nos dice:

... Ha terminado la era dionysíaca. Caronte extiende el brazo nervudo que empuña el remo fatal, y su sombra se alarga por el mundo. Cielo y tierra tiemblan de pavor. El negro, negación de color y de luz, degüella todo tallo de luz que amaga despuntar con su hoz de implacable segador, y estruja, y desmenuza entre sus tentáculos de pulpo toda gloria de tintes, todo asomo de alegría. El negro es fatal. Es el color de la muerte.

Con intenso placer seguiríamos transcribiendo. Es imposible, la síntesis se impone. Ella nos enseña que allá en los trópicos donde palpitan almas análogas a las nuestras, allí entre el esplendor de la naturaleza, florece una intelectualidad vigorosa, que nos envía en EL LIBRO DEL TROPICO, cuya galante remisión agradecemos, la prueba más irrefutable de su existir y de su valer. —E. DE H. I..

Colaboración argentina · TRISTE SEMEJANZA

A HERLINDA BENEDI

¡OH, luna, bella y apacible! Amo la suavidad de tu luz, cuyos rayos alumbran indiferentes las inmensas soledades del Océano; bajas al valle para prestarle más encantos, y plateas las movibles ondas del rumoroso río y la poética laguna. Indiferente alumbras en apartada aldea sencillas escenas de humildes moradores, más felices, quizá, que aquellos que, en populosas ciudades, miras, al penetrar tu clara lumbrere los balcones de magníficos palacios, insultar la miseria y la virtud con su lujo y corrupción.

Amo tu luz, planeta errante y silencioso, porque tienes grandes semejanzas con mi vida triste e ignorada. Cual tú, cuya cóncava superficie conserva los vestigios de espantosos cataclismos que, extinguiendo hasta el último átomo de vida, convirtieron tus mares

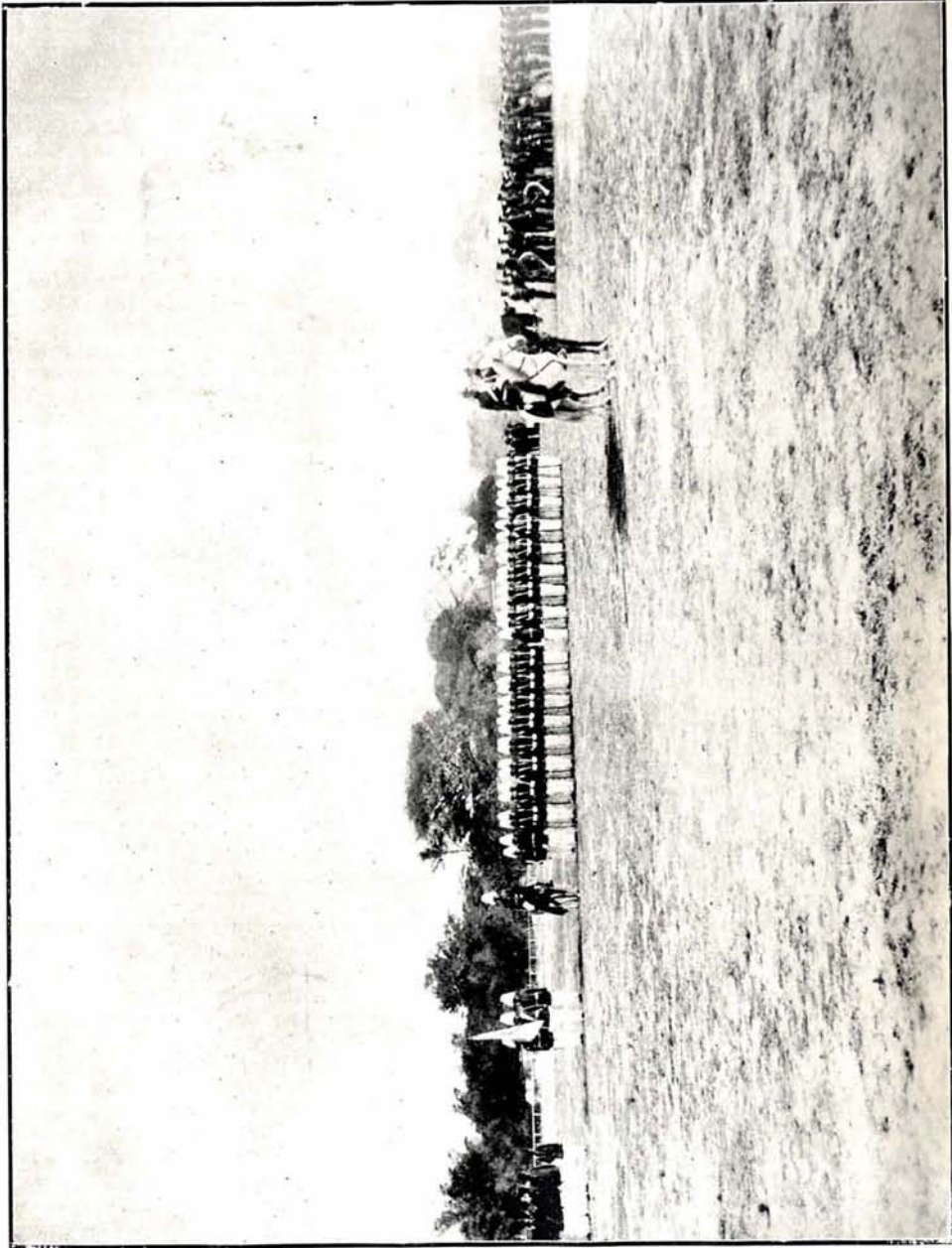
y montañas en vastos arenales y lóbregos yermos; así mi corazón, a impulsos de inmensos dolores y amargos desengaños, ha mucho tiempo que vió extinguirse totalmente la vida de la esperanza, del amor, de la ilusión!

Tú, cumpliendo las eternas e ineludibles leyes del Creador, sigues aún sin vida reflejando sobre las miserias de la Tierra la potente luz que recibes del astro rey. Y yo, obediente también a esos sapientísimos mandatos, que impusieron al hombre necesidades morales y materiales que cumplir, me inclino diariamente ante esos focos aún de más potente luz, llamados libros, para recibir la brillante irradiación del saber y reflejarlo en cerebros infantiles, allá en los humildes bancos de una escuela.

Cojutepeque, 1916.

LEANDRA.

ACTUALIDADES



LA REVISTA MILITAR DEL 10. DEL ACTUAL: La Escuela Politécnica.



La vuelta al Clasicismo



Por todas partes en el mundo literario, en medio de la ubérrima vegetación de las inteligencias y del inmenso desbordamiento de la indisciplina que, de frente al espejo de la moda, bordó sus fantásticos tremoles e hizo lujo de audacia y de extravagancia, los más grandes cultivadores de la belleza dirigen la vista a la civilización grecoromana y a lo que de mejor subsiste en las letras de cada pueblo.

Reflorocen, con brotes miríficos y lozanas promesas, los estudios helénicolatinos, en universidades y colegios que en su extensión cultural se preocupan de estimular tal aprendizaje que para una parte de los escritores permaneció un tiempo no sólo desacreditado sino en el profundo olvido.

Algunos países jóvenes, impregnados de falsas ideas liberales, desterraron de sus programas de enseñanza el estudio de las lenguas clásicas. El bárbaro ensayo dió por resultado un enorme fracaso. Se entronizó la ignorancia, propagóse el sacanete de dicciones e ideas; pero hoy el espíritu humanista de España y América, como franco homenaje a la reconsideración serena, se baña y tonifica en las tersas aguas de la antigua hermosura, vivificándolas no sólo con la savia de los siglos, sino también con la observación personal del alma y del mundo, con un sentido no de chamarileiro sino de renovador de lo pasado, al que aclara sus misterios y los desentraña para lección y provecho del porvenir.

Van feneciendo las corrientes que, en adoración de la nitidez y rareza de la forma, descuidaron el concepto que a las veces asomó pobre y obscuro, confeccionó uno como electuario de rimas y palabras dulces y sonoras.

En España, por ejemplo, Martínez Ruiz, ha mezclado rica hemoglobina juvenil en la carne líquida que se creía pobre por ser vieja, ha vuelto a estudiar a los clásicos, les ha exprimido el jugo, ha lastado lo que falta en ellos, ha subrayado lo que pasó inadvertido para tantos ojos, ha deducido prácticos problemas y aplicaciones saludables para su patria, de los pensamientos que ya nuestros abuelos dejaron esbozados y de las empresas que plantearon. Releerlos con método es fecunda tarea.

El estudio del Quijote se está generalizando: los comentarios y libros inspirados en él abundan en esta época, junto con las monumentales ediciones de aquella Biblia española. La psicología del Quijote, su sentido exotérico y esotérico; las mujeres del Quijote; la tristeza del mismo; los caminos que recorrió; la geografía del Quijote; la manera de comprender lo sólido y lo friable, todo se analiza hoy día. La peregrinación de la humanidad es con rumbo a las pristinas y puras fuentes, a beber en ellas lo que merece la pena y arrojar lo demás al canasto de los *Ripios clásicos* de Zozaya, en nombre de la racionalidad, del calor vital, de la acción y de la justicia.

Del estragamiento del gusto, hemos virado a la exquisitez de las arcaicas e impecables formas. Se diría que recientemente comienzan a ser comprendidas en la majestad de su sencillez. Descubrido el velo del arcano, los eternos dioses, a quienes solían motejar de momias, se yerguen rebustecidos con nuevos glóbulos rojos, curados de las heridas de la falsa crítica con el dictamo de la ciencia moderna.

Los escritores juveniles anhelan —siguiendo las huellas de *Azorín*— desmenuzar y propagar lo que sin desfloramiento, reparo y loa quedaba de las pasadas eras. Quieren perpetuar su nombre vinculándolo a la veneración de ayer.

El juvenil Juan José Llovet que sembró rosas de leyenda en jardines de perdurable poesía y que encadenó al fogoso Pegaso, canta con amor a Castilla en estos proféticos versos:

Mas tu renacer empieza;
serás Castilla otra vez,
y tornará tu grandeza
cuando Sancho sea juez.
¡Volverán días lejanos
cuando cualquier galeote
tome en sus callosas manos
la lanza de Don Quijote,
y descendiendo su espada
retornen los caballeros
a llegarse a la majada
por cenar con los cabreros!
¡Retornará tu pasado!
¡Serás la misma que fuiste!
¡Flotará el pendón morado
sobre todo lo que existe!»

ACTUALIDADES

D'Annunzio, dejándose ya de las miserias y sensualidades de su teatro decadente y afeminado, henchido de crímenes y monstruosidades, intenta restablecer la tragedia helénica; Rubén Darío, alejándose del «muy siglo dieciocho» y de las bisuterías de salón, añora los tiempos del Marqués de Santillana, de Juan Boscán y aun del seráfico Asís que domesticó al lobo, y compone odas gigantescas a la manera pnidárica; Juan Ramón Jiménez se acuerda de la naturalidad de Jorge Manrique y de su profunda ternura, llegando a interesarse por los pobres animales y las sensibles plantas; Ricardo León revive, con fluidez y cálida emocional poesía, el misticismo de los Luises, la unión de Juan de la Cruz; el que se oculta tras el seudónimo de *Juan de Hoznayo*, lanza un formidable grito de guerra contra las impertinencias de la jerga en uso, riéndose de las incongruencias y desplantes de las gentes prácticas, ayunas de filología y de clásica erudición; y hasta el inteligente peruano Ventura García Calderón, en medio del vértigo de París, escribe hermosas cartas a Teresa de Jesús, la santa, la ardiente y la docta en los reinos del espíritu.

Enrique Gómez Carrillo — con la habilidad y gracia que son su lema — busca rosas de penitencia en la *Leyenda dorada*, consagra dulces remembranzas a las florecillas de Francisco de Asís y refresca la parábola de Jesús por las santas tierras de Jerusalén. Todos, en alas del arte, dirigen sus ojos al pasado, como en seductoras crónicas, lo hace, con sutil filosofía, Antonio Zozaya, al comentar el minuto que se esfuma en el cronómetro de la vida real.

Góngora y Gracián son restablecidos en su buen crédito, reconociendo el estelionato que cometían quienes los relegaban al silencio o calumniaban la totalidad de su labor. En el dulce Garcilaso van hallando desconocidos primores.

Se ahonda, más que la rigidez gramatical, la intensa vida, el donaire, la elasticidad que los clásicos acertaron a dar al lenguaje, virilizándolo, combatiendo al natal pudrigo. No es ya el ocioso espurgo de los dómimes miopes de espíritu que se asustan ante un neologismo, sino la realidad del alma popular que reflejaron en el estilo amplio, los matices con que le vistieron, las voces familiares que acogieron, sin levantar por es-

to el ambón de la vulgaridad, porque hábilmente consiguieron lucir el faraón de lo nuevo y de lo viejo.

Este resurgimiento es consolador después de la desorientación que tanto ha perturbado a claros talentos, que se metamorfosearon en disolventes y a tantos firmes entendimientos que se trocaron en flamantes iconoclastas literarios. Regresa de su momentáneo destierro el sentido común, la belleza — para lucir su brillante efod — recobra su trono; tanto el lenguaje se amplía y atesora en la naturaleza, como por ella es aprendido; mas no por la férrea gramática, tal como muchos clásicos practicaron, revolucionarios de su siglo, de su idioma, de su rama.

Por boca de Taine, me complazco en repetir aquí las consoladoras frases de Michelet: «La antigüedad parece joven, dice, por su gracia singular y una profunda armonía con la ciencia naciente. Una sangre más cálida, una llamarada de amor viene a nuestras viejas venas con el vino generoso de Homero, de Esquilo y de Sófocles; y no menos viril que encantador, el genio griego guió a Copérnico y a Colón».

¡Hermoso concatenamiento del ciclo de antaño con los soles del porvenir!

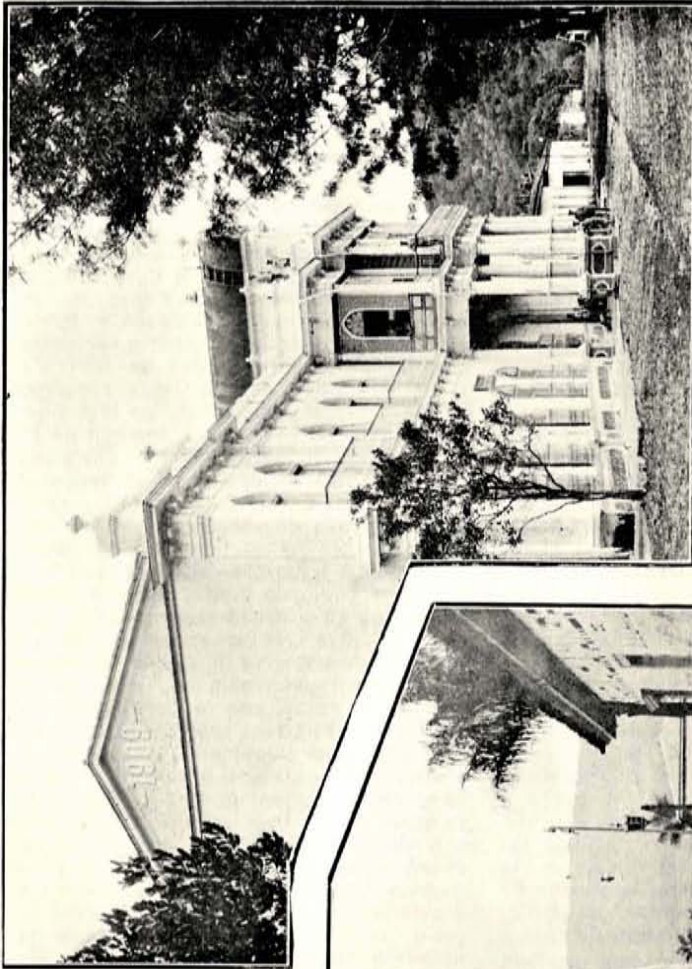
Así repetirá por la centésima vez — como una lección que va desdoblándose eternamente — que Virgilio es hijo de Homero, Fray Luis de León tanto de Virgilio como de Horacio, y padre éste de cien preceptistas inmortales. Así también añadiría que el autor contemporáneo de *La Escuela de los Sofistas* directamente descende — puro y ejemplarizador abolengo — del moralista de la vida del campo, del poeta ascético de la noche serena, y que es «tan netamente español en el sentir como en el hablar», de tal modo que «la lectura de sus obras deja en incierto si es más castizo el fondo o el lenguaje; en todo caso, esta cabal conformidad realza el españolismo, tanto del estilo como del discurso», según ya en solemne ocasión dijo don Antonio Maura y Montaner al sintetizar las obras de Ricardo León, de las que agregó que «dulzor de madrigales, placidez de égloga, efusión lírica, brio y cadencia de poema tienen las más de sus páginas narrativas».

Se abrieron paso con pasmosa rapidez y van triunfantes por los campos del ingenio.

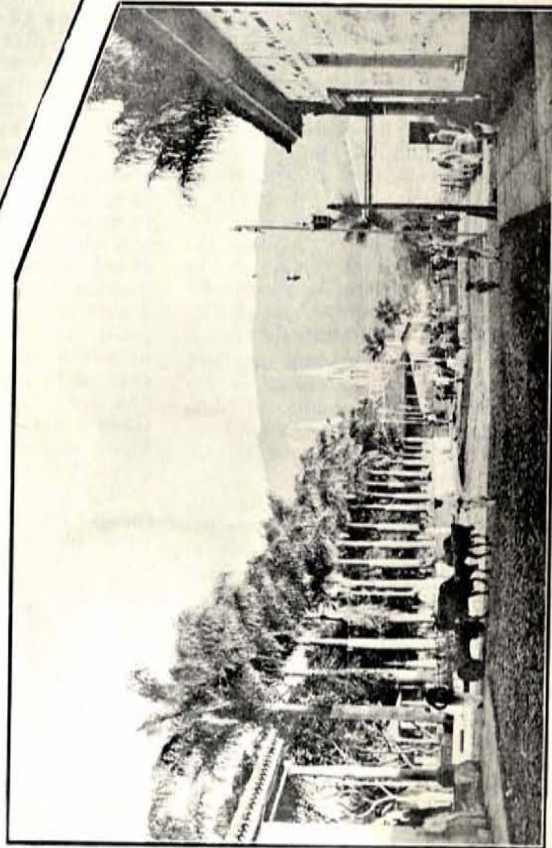
ALEJANDRO ANDRADE COELLO.



ACTUALIDADES



Comandancia y Cuartel de Santa Tecla



Una calle en Santa Tecla

Muestra de los grabados
del "Libro Azul de El Salvador"
en prensa





La cola del Pavo Real



ENTRE los tiestos de flores del patio, pasa el día el pavo real. Han sembrado dos astas y a ellas, en travesaño, han clavado una recia vara de bambú. En esa vara pasa el día, encaramado, el pavo real, y en esa misma pértiga duerme. Junto a la pértiga hay unos cuantos tiestos de loza plantados con matas de claveles: claveles blancos, claveles rosados, claveles sangre de toro, claveles disciplinados. Hay, también, un rosal, aparrado, frondoso, cundido perennemente de capullos amarillos. La cola del pavo real cae, a medio desplegar, sobre la tierra negra del patio. Caer, como una cauda principesca; y el reflejo del sol, mojado, al pasar en el intenso cinabrio de los estefanotes, enciende la cola. Corren a todo lo largo, áureos cabrilleos, suaves cambiantes, fulgores metálicos, visos de piedras preciosas. Al extremo de las plumas, tiemblan los ojos, como diamantes negros engarzados, entre tremantes flecos de malaquita. El pavo real está inmóvil, en una postura familiar. Descansando el cuerpo sobre la recia vara de bambú, la pechuga tornasolada, las alas jaspeadas, a medio desplegar como un abanico, ocultan las patas antiestéticas. En el remate de la cabecita, se agita, apenas, la piocha de catorce minúsculas plumitas en cinta, como catorce delicados pistilos de seda...

Alzo los ojos de la página que leo; atravieso, a lo largo, como señal, la espátula de marfil, y abandonando el libro sobre mis rodillas, me pongo a contemplar al pavo real, que tiene para mí un intenso poder evocador.

...En esa misma postura estática, lo he contemplado, embebecido, en las estampas de Hokousai y Hiroshigue, en el fondo de alguna tenducha de las callejas de Nikko o de Osaka, mientras la mano femenina del comerciante nippon, iba volviendo, volviendo, con delicadezas extremas, los crujientes pliegos atabacados, sutiles como una tela de cebolla.

...En idéntica postura, los he visto, posados en las ramas de morera, en el fondo terso y resplandeciente de los opulentos *panneaux* chinos. En seda viva, serpeada de cambiantes mágicos, o en tramazón de hilo de oro, con algo de imponderable liturgia.

...Y en postura análoga, los he visto en el fondo misterioso del hermético jardín del *yemen* de un mandarín, en el vetusto Cantón, una cálida tarde, en que había oro otoñal en las copas de los árboles, en los celajes del ocaso y sobre el estanque, en cuya linfa espejeante temblaban los cálices de los lotos de color de ostia, de los lotos rosados, como empapados en sangre de cigüeñas.

El pavo real continúa inmóvil en lo alto de su pértiga de bambú, entre los rastros tiestos de claveles, junto al rosal aparrado, cundido de capullos amarillos. El rayo de sol que al sesgo caía, pasando entre los estefanotes de la enredadera e iba a herir la cola, incendiándola en un prestigio de gloria, se ha corrido. Ha ido ahora a prenderse como un dardo de oro, entre las curvas palmas de un helecho, de una *cola de ardilla* que llena toda la circunferencia de una cubeta pintada de verde, con la vitalidad de su vegetación. El pavo real ha quedado en la sombra. Los cambiantes, los cabrilleos, los fulgires, los visos de la cola, se han apagado. Los ojos dilatados y fijos, al extremo de las vaporosas plumas, se han cerrado. (Hay en ellos la misma profundidad y el mismo misterio que en las pupilas húmedas de las terneras). Un graznido desapacible rasga mi oído. El pavo real ha saltado de su percha; ha sacudido su plumaje, esponjándolo; la cola se ha desplegado, totalmente. Luego, con una violenta sacudida, la ha erizado. Cada pluma, ha lucido, aislada. Luego, la ha vuelto a cerrar. La ha dejado caer, y arrastrando sobre la tierra negra la cauda principesca, sobre la que parece que se hubiera tendido un tul, se ha encaminado, pausado, lento, hacia un cacharro de hierro oxidado, en el que rojean, sanguinolentas, unas piltrafas.

...Entonces he echado mano, nuevamente, del libro abandonado, he retirado de entre las páginas la espátula de marfil, y he proseguido la lectura en suspenso.

Leía los *Fragments d'un Journal intime* de Enrique Federico Amiel, en la edición de Georg, de Ginebra; y la página, en que la lectura había sido suspendida, era aquella marcada con fecha del 2 de septiembre de 1863....

ARTURO AMBROGI.



Miss Cassasa y la Venus de Milo



UN jurado de Estética escogió a Miss Florencia Cassasa, entre un núcleo de bellas yanquis, para que gaste el flotante himation y ciña la simbólica veste de la victoria, en el Certamen. Los jueces, mejor dicho el cónclave de artistas, postularon de antemano, el modelo de la Venus de Milo y después de medirla y pesarla, conforme al divino cánon, "la escogida entre todas las mujeres", que ha resultado ser hija de norteamericana e italiano, se dispone a perpetuar en la película del cine, las actitudes de la clásica Electra, bajo los auspicios de la ELECTRIC PROSPERITY WEEK, realizando así, ante los públicos de cultura un viviente ideal humano, una óptima encarnación de la gracia vencedora ante los espíritus más áridos, una lección de fuerza ante los que, descreídos del reino del milagro religioso, y cansados de sed ante los brocales donde bulle la verdad escondida, se refugian en el abrigo hospitalario de la belleza.

Al compararla con la sagrada mítica, los estetas la encontraron casi gemela de la Venus, desde la longitud del pie hasta la curvatura de la frente; y habrá quienes, cuando conozcan el veredicto del jurado, noten con arrobo que en el esquema comparativo hay cierta melodía de himnario por el advenimiento de esta Musa de oro y rosa, a quien da deseos de elogiar con un fragante versículo: "Miss Florencia, mujer blanca, lirio de la civilización."

Tal acontecimiento preclaro en los anales de las estirpes, ha dado pretexto e interés a la pregunta que no ha mucho se hacía: "¿en qué consiste la belleza norteamericana?" Para algunos etnólogos éste tipo no existe, por separado, sino como un producto de hibridismo, como un vaso donde se funden las bellezas de otros especímenes de selección aportados por el inmigrante a través de diez generaciones, desde el abuelo puritano que, por obtener un personal arquetipo, un distinguido ejemplar de la Especie, "La supermujer", ha ido arrojando en el molde de la genealogía, matices de piel, color de pupilas, maravilla de cabelleras.

Hay, pues, un tipo inglés-americano, otro italo-americano, y así hasta lo in-número; y la bocina consagratofia dice a los cuatro vientos de la actualidad que

esta Venus de Milo con brazos es un testimonio de que vendrá ese ser soñado tras los prismas de un sonoro nacionalismo, y que en la mujer yanqui se funden todos los tipos del color con las variantes necesarias que prestan los diversos ambientes del país. Los que sufren alucinaciones por todo lo de éste, alegan que el tipo no sólo no sería diverso en un paragón dado, sino que es igual a cualquiera de los de la historia antigua, Helena por ejemplo, o el más imponderable de la última edad, la emperatriz Eugenia o la Princesa Eulalia.

Pero esos exaltados convienen en que el elemento genitor viene de una prosapia de renombre, en la que la paciencia en la gestación y un premeditado método en la cultura, son las características fundamentales de la futura aristocracia física. Fuera de los ejemplos humanos que son gala y pompa de cosmópolis del gran mundo, como San Francisco y Washington, es de dudarse que haya una minoría femenina en la que poco trabajaron los buriles de la Naturaleza, el orfebre omnimodo.

Quienes habrá que hablen del enlace con extranjeros de razas suaves y buenas para borrar los malos dones de la levadura en que late el magnífico fermento de la casta; quienes que pidan un lapso mayor para ver la llegada de ese tipo supremo de la belleza nacional, como lo aconseja uno de los jurados, el conde y pintor griego Nikolaki, quien tiene fé en el proceso de evolución y en que una amalgama de las razas teutónica y latina culminará en el éxito codiciado, en un sér que supere a la Cassasa, cuya atlética figura, inteligencia exquisita y dientes adorables lo hicieron su partidario. Para el artista O. Warde Traver, no es posible que haya mujer bella sin salud, moral y elegancia, tres virtudes teológicas bajo cuyas miradas protectoras deben ponerse las niñas de hoy en cuya infantilidad está cuidando sus capullos la primavera inmarcesible. Según otra doctrina, la mujer del mañana debe aspirar a ser la expresión de la armonía y tener una anticipada experiencia de las leyes de la salud y la felicidad; ideas que son casi de la filiación de las que profesa Alonso Kimball, para quien en el tipo norteamericano deben sintetizarse una inteligencia resplandeciente un astro de alegría por

ACTUALIDADES

temperamento, una altura corporal que sea ecuánime, y sobre tal criatura escogida, la crencha bruna, como una bendición.

Esperemos del espíritu la luz vencedora que en el vaso de la carne errumpa como una cándida flor de la Forma; y confiemos en que el día moral, irradiando a través de la sombra, en que el pensamiento y la belleza palpitan incógnitos, hagan la plenitud de esa aurora en que el encanto físico es una emanación de la

sonrisa universal. Esperemos la nueva Musa, que ha de venir hacia los hombres sin corazón a prenderles en el pecho el místico reflejo de la esperanza. Ella vendrá, anunciada por el destello estelar de un alba nueva; y hemos de ver entonces cómo en las bayas azules de los ojos, que despreciaba Emerson, se irisa la gota de rocío que adoraba Lord Byron.

RAFAEL HELIODORO VALLE.



MERCEDITAS MOLINA GUIROLA

Preciada flor del jardín salvadoreño



Una Carta



Habano, Noviembre 30 de 1916.

SEÑORES S. MARTÍNEZ FIGUEROA Y FRANCISCO R. GONZÁLEZ.—Directores de la Revista «ACTUALIDADES».

San Salvador, C. A.

Mi distinguidos amigos:

Por conducto de uno de los redactores de la Revista «Bohemia», el señor Ramón Rivera, he tenido el gusto de recibir el número 21, correspondiente al mes de septiembre próximo pasado, en el cual me dispensan ustedes el honor, reproduciendo de la Revista «Ibero-Americana», mi humilde trabajo intitulado «¿Cuál debe ser la Misión de la Mujer?», acompañándolo con un cariñoso prefacio, y por el cual se motiva mi gratitud, enviándoles mis gracias más expresivas.

Dicen ustedes muy bien respecto a la reciprocidad de las simpatías, porque yo jamás podré olvidar, ni los buenos ratos que en mi ostracismo político tuve durante mi corta permanencia entre ustedes, ni se apartan de mi memoria el nombre

y las acciones de tanto buen amigo como por allí dejé. Aprovecho cada circunstancia para hacerlo saber a mis compatriotas, así como la visita transitoria de todo Centro-Americano, que a través de nuestros puertos se dirigen a los Estados Unidos y Europa. Por eso devuelvo a ustedes en lo privado el afectuoso saludo que me dirigen y que cualquier día de estos, y con mejor escenario, lograré hacer públicamente y dirigido a toda esa inteligente y noble colectividad.

En bulto aparte les acompaño ejemplares de algunas labores importantes realizadas por estos rumbos, pero que tarde o temprano son vibraciones que han de llegar a todos los centros culturales de América, esperando que los reciban y juzguen con benevolencia.

Sirvan ustedes de mensajeros para todos los que me recuerden, enviándoles mis votos por su felicidad y el estrecho abrazo de afecto de su antiguo amigo y S. S.,

JUAN ANTIGA.



El Mago



JUAN FORT—hastiado de todo a la edad de cincuenta y nueve años—encontróse con un mago.

—Hombre extraño! —le dijo— me asombra tu serenidad, amor a la vida, la obscura, la inútil, la odiosa vida que yo desprecio... No crees en Dios. ¡Malditos sean los seres y las cosas y el sol que nos alumbró!

—¡Blasfemo!—exclamó el mago. ¡Arrepíentete! ¡Cambia tus miserables voces por una frase de alegría y de esperanza! ¡Dios existe! La Vida es sagrada! ¡El sol es sagrado!

Juan Fort se rió despectivamente.

Entonces el taumaturgo tendió el brazo armado de una varilla milenaria, y con ella tocó la frente del réprobo. Este retrocedió cinco metros de un salto formidable y quedóse inmóvil, como petrificado. Una vigorosa sensación de juventud cruzó por su alma y su cerebro, vibrantes de imágenes antiguas.

—En cada salto recobrarás diez años—murmuró el mago.

Y avanzando siempre sobre el ateo clavado en el suelo por una voluntad desconocida, cuatro veces le hizo retroceder violentamente con cuatro solemnes ademanes de su brazo.

Y Juan Fort se vió como era a los nueve años, con su traje corto y sus largos bucles amarillos.

El varón prodigioso caminaba hacia él con la diestra tendida hacia adelante. Un momento más y lo hundiría en la Nada. Un miedo terrible le hizo temblar. Dobló las rodillas gimiendo:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Pero al incorporarse, el mago había desaparecido; y Juan Fort, aún más viejo de lo que antes era, sintió la impresión del hombre que, en plena claridad del día, recobra de súbito la vista perdida en la infancia.

FROYLÁN TURCIOS.

Noviembre de 1916.

ACTUALIDADES

Taller de Grabados

6a. C. P. No. 29.
SAN SALVADOR, C. A.

J. G. CHAVEZ

PINTOR Y GRABADOR
EN MADERA Y METALES



*Grabados en alto relieve en toda clase de metales;
placas para profesionales, oficinas públicas, bancos y casas
de comercio.*

Cheques, Acciones, Retratos y toda
clase de ilustraciones para anuncios

**Grabados en relieve para estampar en papel, en madera y
en toda clase de cueros. Grabados en oro y plata.
Viñetas a dos y tres tintas.**





El triunfo de la Vida



I

EN leve claro de umbrío bosque se oculta blanca casa campesina. Pícan a su alrededor polluelos y en las enramadas cercanas saltan y cantan los pájaros. Rumorea el viento en el bosque, murmura su eterna canción el agua de un arroyo. Los rayos postreros de un sol en ocaso alumbran plácidamente el pequeño claro, de fino césped tapizado. El ambiente, saturado de aromas, es de paz y de calma.

Por el solitario camino avanza una radiosa figura de mujer, envuelta como en un manto de luz que deja entrever sus divinas formas. La sigue a poca distancia una repugnante figura envuelta en manto negro, por entre cuyos girones se ven los huesos amarillentos de un esqueleto.

La Vida, que es la mujer radiosa, se detiene en el umbral de la solitaria casita. La Muerte, que es la sombra que le sigue, se acerca a implora:

Muerte. — Déjame entrar, hermana.

Vida. — Imposible.

Muerte. — Para tí la madre, para mí el hijo.

Vida. — Los dos son para mí.

Muerte. — No seas egoísta y cruel. Tú sabes bien lo que le espera a ese infante que va a nacer: una existencia de trabajos y sufrimientos; quizás una vida de oprobio y vilipendio.

Vida. — ¿Qué sabes tú de su destino? Pueden estarle reservados gloria, fortuna y poder.

Muerte. — No le harán más grata la existencia; sólo servirán para estimular su orgullo, su vanidad, sus malos instintos, y en último caso, siempre le aportarán un aumento de dolor.

La Vida, pensativa, no responde.

Muerte. — ¿Quieres? Para tí la madre, para mí el hijo. Después de todo, no harás más que hacerme el anticipo de una existencia que un día u otro habré yo de truncar.

Vida. — Basta. Un nuevo ser me llama y no puedo negarme.

Muerte. — Piensa que al darle la vida, le condenas a la infelicidad y al dolor.

Vida. — Y aunque así sea, ¿qué importa? Al dar la vida, doy también algo que compensa todo sufrimiento: el amor.

Muerte. — ¡El amor! La sombra fugitiva, jamás alcanzada, de la felicidad. Más

fuerte que el amor, soy yo, la muerte, sólo yo doy la felicidad verdadera, absoluta: el silencio, el reposo, el no ser, la nada. A donde yo voy, va conmigo la felicidad. Déjame entrar.

Vida. — Todavía. Para alcanzar esa felicidad que ofreces, hay que pasar antes por el camino de la vida, del amor y del dolor, al final del cual se halla la muerte. Ya llegará tu hora. ¡Vete!

La Muerte, vacilante, se aleja; la Vida atraviesa el umbral y se interna en la casa. Casi al instante se oye un grito angustiado de mujer, después el llanto de un recién nacido.

Las sombras envuelven a la casa campesina. Ya no pían los polluelos ni cantan los pájaros; calla la brisa, susurra más quedo el arroyo, el silencio es más profundo, la soledad completa. Y en aquel silencio y en la soledad aquella, suena angustiado el lloro del infante.

II

Han transcurrido muchos años: la vida de un hombre.

La misma casa campesina, deteriorada por el tiempo, sigue alegrando el claro del bosque, cuyos añosos árboles sirven como antes de hogar a nuevas generaciones de piadores pajarillos; y por el arroyo cercano, el agua, siempre renovada, canta la misma canción, que corea la brisa rumorosa.

En el umbral, en actitud de espera pensativa, está la Vida, bella, radiosa, eternamente joven.

De la casa sale el Tiempo, anciano de luengas barbas, con agilidad de joven fuerte. La Vida le detiene con un gesto imperioso:

Vida. — ¿A dónde vas?

Tiempo. — A la eternidad.

Vida. — En ella estás siempre, aquí y en todas partes.

Tiempo. — El hombre está agonizando. No me necesita. Para él nada soy ya.

Vida. — Mientras esté yo aquí, no puedes abandonarlo. Eres mi compañero inseparable. Sin mí nada significas y nada vales.

Tiempo. — Lo sé, señora y dueña mía; pero tú sin mí dejarías de ser lo que eres para convertirte en algo inmutable, sin realidad sensible.

ACTUALIDADES

III

Vida. — ¿Y a dónde iremos cuando el hombre muera?

Tiempo. — A ningún lado y a todas partes.

Vida. — Peregrinación eterna la nuestra, siempre perseguidos y jamás alcanzados por la Muerte.

Tiempo. — Para ella trabajamos. Ella recoge lo que nosotros abandonamos.

Vida. — Te equivocas. La Muerte es una ficción, o mejor, la momentánea transición entre dos estados de vida.

Tiempo. — Entonces, ese hombre que aquí dentro agoniza. . .

Vida. — Es sólo una forma de vida que se apaga. De sus despojos surgirán mil formas de vida distintas.

Tiempo. — Pero para él, su forma de vida era todo, y al desaparecer, será nada.

Vida. — Para mí, la forma es nada, y la esencia, es todo.

Tiempo. — Vámonos. El hombre es ya un miserable despojo, sin sensación, sin pensamiento, sin conciencia. Nada hacemos aquí. Vámonos. ¿Qué esperas?

Vida. — La Muerte.

Tiempo. — Hela ahí.

Avanza por el camino la tétrica figura envuelta en manto negro, dejando ver en sus girones la repugnante calavera.

Muerte. — Aquí estoy. Ya ves que acudo puntual a tu llamamiento.

Vida. — Es tu deber.

Muerte. — Es mi derecho.

Vida. — ¿Cómo te atreves hablar de derechos cuando eres mi esclava?

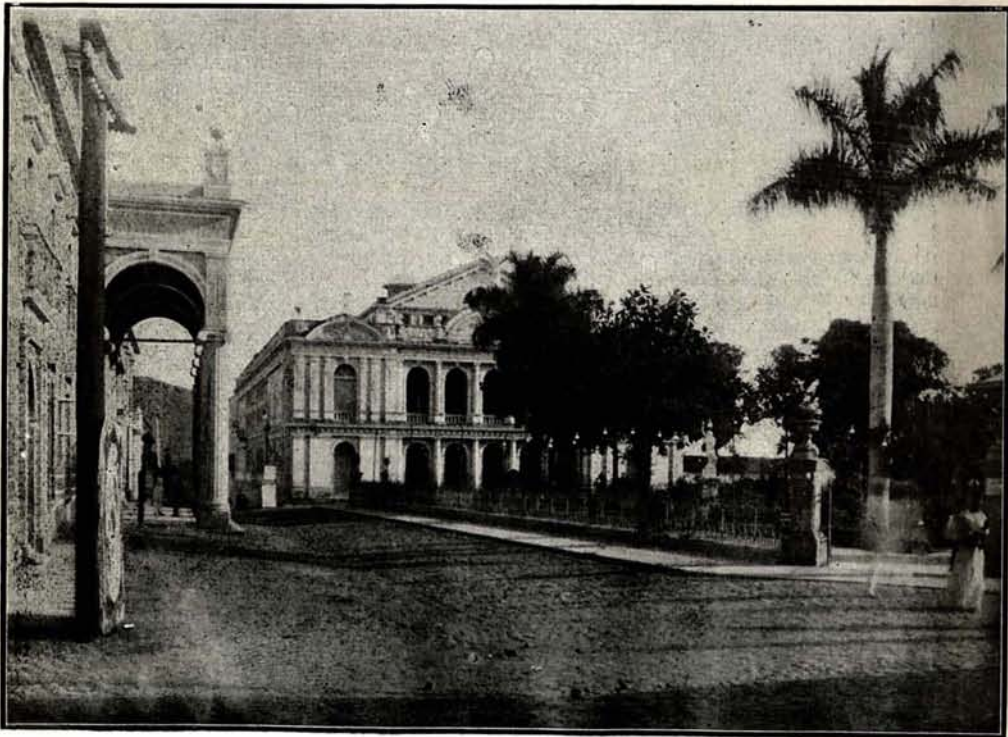
Muerte. — Te engañas. Yo soy la señora y tú la esclava. Trabajas para mí. ¿Para qué diste vida al hombre que agoniza? Dentro de un instante será mío, todo mío.

Vida. — ¡Mientes! Los despojos que crees tuyos, me pertenecen. Yo sigo animándolos son mi soplo y de ellos surgirán millones de vidas.

Muerte. — Entonces, ¿qué me dejas?

Vida. — La ficción de un espíritu que fué y ya no es.

Muerte. — Eres pretenciosa y cruel. ¿Para eso diste vida a un hombre, condenándolo a una existencia de infelicidad



El Palacio Municipal, el Teatro y el Parque La Libertad, de la ciudad de Santa Ana

Muestra de los grabados
del "Libro Azul de El Salvador"
en prensa

ACTUALIDADES

y de dolor? ¿Por qué, entonces, me lo negaste cuando al pisar los umbrales de la vida, piadosa te lo reclamé?

Vida.— Porque no puedo negarme a mí misma. Para mí, dolor y placer, felicidad e infelicidad, son cosas indiferentes. Las vidas individuales sólo me interesan por lo que tienen de incesantes manifestaciones de la vida universal. Son como las gotas de un mar inmenso, que cuando se evaporan, es para volver a caer en el mismo mar transformadas en lluvia.

Dentro de la casa suena un grito angustioso y luego grandes sollozos.

Tiempo.— El hombre ha muerto. Vámonos.

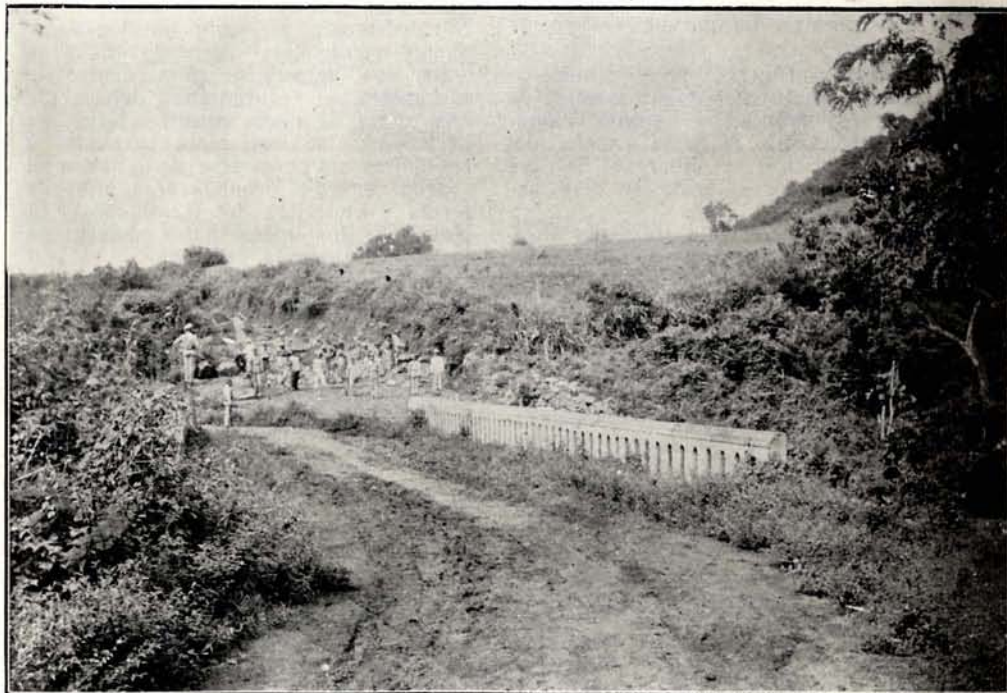
Vida.— La gota humana se ha evaporado. Vámonos.

Muerte.— Al fin tengo libre la entrada. El hombre me pertenece.

Tiempo (alejándose).— Cuando los despojos se disuelvan, ¿qué te quedará del hombre que crees tuyo? Ni siquiera el recuerdo,

Vida.— Como las gotas evaporadas vuelven al mar, los seres disueltos vuelven a mí. El mundo me pertenece. La muerte es una ficción o una transformación.

ADRIAN DEL VALLE



Presos en una carretera nacional

Muestra de los grabados
del "Libro Azul de El Salvador"
en prensa



ACTUALIDADES

El Tío de los Nenes

CORRÍA presuroso el hermoso mes de las flores; los fértiles campos reverdecían y los agradables aires de primavera refrescaban la tez quemada de los labradores.

La Naturaleza vestía sus mejores galas y por doquier se notaba alegría, vida, sentimiento, dulzura....

¡Oh, dichosa vida la del campo!, lejos de la mesquindad humana, apartada del bullicio y de la hipocresía.

¡En vos reside el placer, la sencillez, la pureza, porque en vos reside la Verdad!

Al fondo de un espeso y pintoresco bosque y bajo el tupido ramaje de corpulentos árboles, se erguía humilde y placentera la vieja cabaña del tío Chebo, cuna y albergue de sus rústicos moradores desde su más antiguo linaje.

El tío Chebo, conocido y honrado labrador de aquella comarca, hombre rudo, nacido para las faenas del campo, había heredado de sus mayores aquella vivienda, cuando aún era muy joven.

La cabaña se componía de una sola habitación, con techo y paredes de paja y servía para todas las necesidades de una vida campestre sumamente rústica. Por delante, un pequeño cobertizo pendía del dintel de la puerta, para guarecer la estancia, de los ardientes rayos del sol canicular o para evitar que la lluvia penetrase.

Dentro se veían en los ángulos de la habitación sendos lechos contruidos al uso primitivo y en los espacios que quedaban libres, algunos utensilios de labranza, un viejo baúl de cuero y otros objetos, entre los que se contaban dos o tres asientos de madera sin labrar.

A una distancia bastante considerable de la casita, el tío Chebo se hallaba, como de costumbre, labrando el campo para sembrar la mies. Josefa, su hija única, había ido a la ciudad para realizar un cesto de frutas y legumbres y con el dinero comprar provisiones de otra naturaleza. Antes de partir, había encendido el hogar y colocado la olla de agua para cocer el maíz.

Soplaban los aires de primavera y el vienteillo jugueteón mecía graciosamente las hojas de los árboles, imprimiéndoles vida y acción. Los paja-

ritos gorgeaban alegremente de rama en rama, entonando cánticos de amor a la vida.

De pronto una fuerte ráfaga hizo que las llamas del hogar, desprendiesen chispas que fueron a caer encendidas sobre las pajas secas de la pared próxima.

Las chispas encontraron elemento propicio para ensanchar su radio de acción y tras breves instantes, la humilde y placentera cabaña del tío Chebo ardía tranquilamente al amor de los agradables vienteillos de primavera.

En una hamaca de pita, dentro de la habitación, dormitaba dulcemente una niña de pocos meses. Jorge, su hermanito, se entretenía jugando a las bolitas, sin percatarse de lo que a su alrededor sucedía. Ambos eran hijos de Josefa y nietecitos del tío Chebo. El padre de los niños había muerto en la última campaña de armas.

Cuando las llamas cundían por toda la extensión de la pared, Jorgito sintió en sus mejillas mucho calor, y amedrentado, con el semblante descompuesto, lleno de pavor, con los ojos y las manecitas abiertas en ademán suplicante, salió de la cabaña, prorrumpiendo en lastimeros gritos.

Las llamas seguían devorando las paredes, la cabaña ardía por dos de sus costados y el techo amenazaba venir al suelo. La situación era demasiado crítica, sobre todo para los niños, que se hallaban solos.

Jorgito, a pesar de su corta edad, comprendió la inminencia del peligro que corría su hermanita, y haciendo un supremo esfuerzo, hinchó cuanto pudo sus pulmones y gritó:

--¡Tío Chebo, tío Chebo, mamá Chefa, Cingo! corran que la casa se quema!

Es necesario advertir aquí, que el único animal irracional que acompañaba a los sencillos moradores, aparte de algunas aves de corral, era un mono de regular estatura y de buena complexión muscular.

Cingo era su nombre y estaba dotado de una inteligencia muy clara y de un corazón muy sensible y muy inclinado a los afectos. Cingo se había criado desde muy tierno en la cabaña del tío Chebo y había visto nacer y crecer a los niños por quienes sentía

ACTUALIDADES

un verdadero cariño. Cuando Josefa salía al campo o iba a la ciudad, Cingo cuidaba de la cabaña, plantado a su puerta.

Era cosa de admirar la solicitud amorosa de aquel inteligente animal. Para Jorgito cortaba matasanos, nisperos y guayabas; pelaba naranjas, desgajaba guineos y abría con suma facilidad los cocos. A la niña la mecía hasta dejarla dormida o le hacía visajes y muecas para divertirla.

Cuando la hora trágica sonó, Cingo se hallaba subido en corpulento copinol a tres centenares de varas de la casita. Oyó perfectamente los gritos del niño y desprendiéndose con suma ligereza, voló a la cabaña. Llegó en los momentos más críticos, pues el techo se sostenía providencialmente. No hizo caso de las genuflexiones del niño, y desafiando con valor ejemplar el voraz elemento, penetró resuelto a la estancia, tomó en brazos a la niña y salió de la cabaña en los precisos instantes en que agotándose la resistencia, caía al suelo el techo, produciendo un ruido espantoso y una humareda imposible de soportar.

Con la niña en un brazo y llevando de la otra mano a Jorgito, corrió hacia el campo en busca de salvación.

El tío Chebo cansado de arar, se detuvo un momento y al volver la vista hacia el punto en donde consideraba que estaría su cabaña, distinguió claramente una inmensa columna de humo que subía al cielo. Temeroso de lo que pudiera acontecer, abandonó el arado y con la ligereza que sus gastados miembros le permitían, se encaminó hacia el lugar del siniestro.

Al mismo tiempo aparecía Josefa por el sendero que conduce a la ciudad.

—Andemos,—articuló al verla, el tío Chebo,—que mucho me temo que esté sucediendo algo grave en nuestra casa.

Con el ánimo intranquilo redoblaron el paso y llegaron bien pronto. El asombro que de ellos se apoderó, no tiene comparación. La vieja, humilde y placentera cabaña del tío Chebo, la casita que había heredado de sus mayores, estaba reducida a escombros; y, lo que era peor, servía tal vez de sepultura a los dos niños.

¡Tremenda desgracia!

Josefa, joven y llena de energías, se sobrepuso antes que el pobre viejo, y como pudo, trató de remover los escombros en busca de los cadáveres de sus tiernos hijitos, bajo el supuesto de que habían perecido en el incendio.

¡Grande fué su angustia, tremenda su desesperación y muy dolorosa su convicción! Nada había, todo eran pavesas!

En vista del resultado de las pesquisas de Josefa, el pánico y el dolor crecieron de punto en los corazones de aquellos seres desgraciados.

El tío Chebo sacó del bolsillo de su pantalón de reforma un pañuelo grande y sentándose en el tronco de un árbol caído, lloró amargamente su inesperada desgracia.

¡Oh, sarcasmo impío de la suerte!

¿Qué culpa, qué delito habían cometido aquellos sencillos moradores para sufrir tan tremendo castigo?

¡Oh misterios insondables del destino! ¿Por qué procedéis de tal manera, con quienes viven en apartadas regiones sin ofender a nadie?

Josefa era creyente y guardaba en su pecho, a pesar de su rusticidad, un santuario a la fe cristiana. Puesta la esperanza en Dios, dobló sus rodillas y con la frente en el suelo, oró un momento. Su dolor era intenso porque había perdido a los dos seres nacidos de sus entrañas, sus dos hijos que constituían para ella su mejor y máspreciado tesoro.

La oración fortaleció un tanto su decaído ánimo y limpiándose con el extremo de su rebozo de hilo las abundantes lágrimas que corrían por sus palidas mejillas, se acogió a su padre en busca de consuelo.

Largo tiempo pasaron abrazados; el dolor les ligaba fuertemente. A su redor todo era miseria, todo lóbreguez, todo tristeza, una trágica soledad les rodeaba y sólo se oía de vez en vez, el crujir de los carbones encendidos, el chirrido de la madera al ser devorada por el fuego.

La tarde avanzaba rápidamente y el venticillo de primavera soplaba con furia; los árboles parecían inclinarse como movidos por un resorte invisible, en torno de los infelices.

El tío Chebo y Josefa volvieron de su parasismo, lanzaron una triste mirada a su extinguida y amada cabaña y sintieron frío en el alma! Estaban solos y desamparados. El mundo estrecho de ellos, era una gran sepultura.

—¡Padre mío!

—¡Hija de mi alma!—contestó el tío Chebo estrechando nuevamente contra su dolorido pecho a la infeliz Josefa.

—¡Qué desgraciados somos! articuló llena de pesadumbre!

—¡Calma, hija mía, es preciso resignarse y esperar en Dios.

Al tiempo de pronunciar estas palabras el tío Chebo se oyó un fuerte chillido dentro del monte. Instantes después apareció Cingo dando brincos y chillando. Se plantó delante de sus amos, les hizo varias genuflexiones, co-

indicándoles la necesidad de andar,

ACTUALIDADES

tomó de las manos a los dos desgraciados seres y les encaminó por entre el monte.

Ellos comprendieron un tanto la intención del mono y sin protestar se dejaron conducir de él.

Largo rato anduvieron salvando sanjas, apartando montes y brincando cercas hasta llegar a una pequeña planicie limitada por una enorme prominencia de tierra cortada a tajo. A la altura del suelo se distinguía un gran hueco.

Cingo soltó a los damnificados, y después de hacerles un visaje muy significativo, se introdujo en el hueco. El tío Chebo y Josefa cruzaron entre sí una mirada de inteligencia y siguieron a Cingo.

Imposible pintar el asombro y la sorpresa que les causó la vista de sus dos tiernos hijos. Jorgito y su hermanita dormían apaciblemente y muy juntitos. Al rededor de ellos se veían esparcidos algunos bagazos de frutas que Cingo les había proporcionado.

Pasado el primer momento y cuando la calma comenzaba a renacer, el tío Chebo y Josefa, con lágrimas de gratitud en sus ojos y con verdadera fruición, abrazaron al mono, como si se tratara de una persona cualquiera. La noble acción del animal les obligaba a hacerle aquella demostración de simpatía.

¡Pobres de ellos! ¿Cómo recompensar al animal por su bondadoso comportamiento? El único tesoro de que disponían era la gratitud y por eso lo abrazaban repetidas veces.

El mono, dotado de clara inteligencia y de un corazón muy sensible, comprendió la actitud de sus amos y correspondió los abrazos también con lágrimas en los ojos.

A partir de aquel memorable y desgraciado instante, Cingo dejó de ser mono para ellos por toda recompensa y pasó a integrar la familia del tío Chebo, en calidad de *Tío de los Nenes*.

A. RAMIREZ PEÑA.



Comandancia de Sonsonate

Muestra de los grabados
del "Libro Azul de El Salvador"
en prensa

Los misteriosos estudios del Profesor Kruhl

DESPUÉS de transcurridos varios años, voy a revelar la verdad sobre el extraño fin y los misteriosos estudios del profesor Kruhl. El angustioso recuerdo de esta aventura me persigue día y noche y espero librarme de su abrumadora obsesión relatando aquí todos los detalles de tan extraña historia.

Siempre tuve aversión a lo que se ha convenido en denominar baños de mar; esas playas grandes o chicas con sus villas, hoteles, casinos, tennis, bailes, flirts y baños públicos, siempre me han causado horror. Adoro el mar pero a condición de encontrar en él la soledad y la libertad, razón por la cual escogí aquel año, la apacible villa de Cauville para pasar mis vacaciones.

Tal vez hoy haya llegado a ser una estación balnearia, pero en aquella época no había más que algunas casas situadas la mitad sobre la ladera de una colina y la otra mitad en el valle que se dirigía hacia la costa.

Como no había fonda, me alojé en casa de la señora viuda de Piedeliebre, droguero, la cual me alquiló encima de la tienda, una habitación blanqueda con cal que hacía mis delicias.

Fue en uno de mis primeros paseos cuando descubrí la residencia del profesor Kruhl.

Se levantaba en medio del arenal que coronaba el acantilado y su extraño aspecto me llamó la atención. Toda ella de ladrillo rojo, era una construcción cuadrada de regular tamaño, almenada como una antigua fortaleza y sin ventanas. Se levantaba en medio de un cuadrilátero cerrado por muros elevados, igualmente de ladrillos rojos, sobre uno de cuyos lados se abría una puerta de hierro alta y estrecha.

Di la vuelta al rededor de tan extraña casa y por todos los lados se levantaba el muro alto y liso, por todo reinaba un silencio de muerte, salvo en cierto sitio en el que creí escuchar una especie de gruñidos apagados cuya naturaleza me fue imposible precisar por el momento.

Vivamente intrigado regresé a la villa e incontinenti interrogué a mi honorable patrona señora viuda de Piedeliebre, la que con una locuacidad muy normanda me contestó:

—Es la fortaleza roja del salchichero del diablo.

—¿Cómo ha dicho?— volví a preguntar.

—Casi sé tan poco como usted: hará unos cuatro años que un truhán con pelos de estopa cayéndole sobre los hombros y con anteojos de oro, hizo construir esa casucha sobre lo alto del acantilado; nadie sabe de dónde es, a qué ha venido, ni lo que sucede en su casa, que, como habrá visto, se encuentra en el interior: las cuatro paredes exteriores las hizo albañil de Montivilliers, pero el interior ha sido terminado por obreros que hizo venir y que no hablaban francés; por lo demás él tampoco sabe hacerse comprender en nuestro idioma.

—¿Entonces de qué país es?

—¿De dónde ha de ser? del infierno ¡pardiez! Cuando uno es tan misterioso como él, que no coloca ni puertas ni cruces en su casa, que no ve a nadie, que no sale más que por la noche para ir a pescar o a gesticular y hablar él solo en el arenal a la luz de la luna ¿puede ser otra cosa que un ayudante de Satán?

—Esas no son pruebas absolutas, me atrevi a decir yo.

—¡Oh! ya sé yo, respondió la viuda de Piedeliebre, que los parisienses no creen en nada serio, pero os aseguro que ese hombre viene derecho del infierno y todos en el país lo enviarían a él de buena gana si no despilfarrase el dinero como lo hace.

—¿Es rico?

—Preciso es creerlo; paga todo doble de lo que vale.

—¿No teméis, insinué yo, mi buena señora de Piedeliebre, que el dinero del diablo sea dinero maldito?

—Bien puede serlo pero circula como el otro.

—Bueno, admitamos que ese individuo sea Belcebú en persona, pero ¿por qué le llama salchichero?

—A causa de sus chanchos.

—¿Qué chanchos?

—Él compra todos los que hay en el distrito.

—¿Vivos?

—Siempre.

—Ahora me explico los gruñidos que he escuchado; vuestro Lucifer no es más que un simple tratante en cerdos.

—Nada de eso; todos los que se le venden los mata en su casa y no se les vuelve a ver.

ACTUALIDADES

— Esos son cuentos.

— Os digo que es la pura verdad; pero ya que no me creéis, no volveré a hablar una palabra.

Y la señora viuda de Piedeliebre, me abandonó refunfuñando.

Trato de penetrar el misterio

Durante el resto del día, pensé varias veces en el cuento de la vieja; evidentemente estaba rodeado de exageración y de supersticiones paisanas, pero los hechos debían ser reales: eran de por sí tan extraños que me aguijoneaban para romper el misterio de que se rodeaba el propietario de la fortaleza roja.

Aquel mismo día, después de comer, salí de paseo; me gustan sobremanera los paseos nocturnos por el campo cuando la sombra es dulce y cuando hay estrellas, marcha a través de los campos, aspirando con delicia ese particular olor que exhala la tierra adormecida. Sobre el acantilado pronto vi elevarse ante mí la negra silueta de la fortaleza roja; a primera vista toda ella me pareció obscura, pero mirando mejor vi que la cara interior del remate almenado que coronaba el edificio estaba alumbrado por un reflejo bastante vivo que provenía indudablemente de una cubierta de cristales invisible desde fuera y violentamente iluminada desde abajo. Entonces comprendí que la casa se iluminaba durante el día por la parte superior a modo de un taller, lo cual explicaba la ausencia de ventanas. Esta vez en el interior se oía ruido de pasos, murmullos, interjecciones en un dialecto que me fué imposible reconocer. De repente el silencio de la noche fue desgarrado por el alarido siempre tan atroz, tan doloroso, de un cerdo que se degüella.

Se prolongó por largo rato, debilitándose poco a poco con la pérdida de sangre y en la gran calma nocturna aquel quejido desgarrador tenía algo de humano y de desesperado; me apresuré a volver a casa y estremeciéndome me metí en la cama.

A la siguiente mañana empecé mis investigaciones.

El hombre se había instalado en el país hacía cuatro años: había comprado el terreno muy caro, el acta de venta que me enseñaron en Montivilliers estaba extendida a nombre del señor profesor Siegfried Kruhl, de la Universidad de Magdebourg. La construcción del edificio había sido ejecutada con rapidez, y como se me había dicho, todos los arreglos interiores habían sido ejecutados por obreros alemanes que no intimaron con nadie.

Desde su instalación, el Pr. Kruhl, salvo algunos paseos nocturnos, jamás había salido de su casa; vivía solo con dos

sirvientes varones, especie de gigantes de genio agrio, de los que el uno estaba encargado de la compra de provisiones y el otro de la de los cerdos; en tres años—porque este inexplicable comercio no empezó más que un año después de la llegada del profesor—había comprado 1095 cerdos o sea exactamente uno por día

Lejos de satisfacer mi curiosidad estos detalles, no hacían, por el contrario, más que excitarla y sólo por ocuparme del profesor Kruhl, había abandonado todo, baños, paseos, diversiones: cien veces había rondado al rededor de su casa sin poder adivinar nada de lo que en ella pasaba: ¿a qué misteriosos estudios se dedicaban allá adentro? Yo sabía, por lo que se me había comunicado desde Alemania, que él había enseñado anatomía y fisiología en la Universidad de Magdebourg.

¿Era, pues, un vivisector, un biólogo? ¿Estudiaba histología, angiología, osteología? Entonces ¿por qué se enterraba de aquel modo? Y además, ¿cómo explicar aquel enorme consumo de cerdos?

Estaba yo cada vez más intrigado y sin saber por qué un poco inquieto, pero todavía lo fui en mayor grado después del hecho siguiente: Cierta día, cansado de mis infructuosas pesquisas, descendí a la base del acantilado en la marea baja, con objeto de pescar. Caminaba por aquel sitio bastante alejado de la playa, cuando mis miradas y mi olfato fueron impresionados por un monstruo extraño y nauseabundo; me aproximé y reconocí con estupor los cadáveres ya tumefactos de una docena de cerdos, los que no habían sido abiertos ni despedazados, estaban enteros y no tenían más que en la garganta la herida abierta por la cuchillada que los había degollado; el mar servía de sumidero al laboratorio del profesor Kruhl. Así, pues, ¿era el único fin recolectar la sangre, dos litros de sangre de cerdo, por la que este hombre inmolaba cada noche una de aquellas desgraciadas bestias? ¿Qué hacía con ella? ¿No sería un fabricante de boudin al por mayor? Yo me perdía en conjeturas, las ideas más locas asaltaban mi cerebro y no sabía qué pensar.

A los dos o tres encuentros con los domésticos en las correrías que por el país hacían, recordando el poco alemán que jamás he sabido, les rogué anunciaran a su amo la visita de un naturalista francés, gran admirador de sus trabajos; me volvieron la espalda con esta sola palabra:

— *Unmöglich.* (Imposible).

Nada más pude obtener.

Quince días después, encontré por fin al profesor Kruhl y su aparición acabó de aterrorizarme por completo.

ACTUALIDADES

Era después de media noche: según mi costumbre me paseaba por el campo; sin darme cuenta mis pasos me condujeron a la fortaleza roja; bajo la luna que brillaba con deslumbrante resplandor, se me apareció de improviso a la vuelta de un grupo de árboles, siniestro, en el desierto arenal. Esta vez sucedía algo anormal; en lugar del pesado silencio habitual, tres voces masculinas, de las que una, extraña como un ladrido, parecía manifestar violenta cólera. De pronto la estrecha puerta de hierro se abrió y vi aparecer un hombrecillo vestido de negro, con los cabellos rubios al aire y con anteojos de oro; parecía preso de una inquietud inexpresable, gesticulaba profiriendo palabras incoherentes; la puerta se cerró tras de él y lo vi dirigirse corriendo hacia la villa. Esta vez había yo tomado mi partido y me junté a él sin ruido:

—Señor Siegfried Kruhl—le dije yo, colocándole la mano sobre la espalda,—no tan rápido, las gentes que recorren el campo por la noche como usted lo hace, son frecuentemente ladrones o locos.

Se volvió brusquemente, una gran cólera iluminó sus ojos detrás de sus anteojos de oro.

—Dejadme, gritó en un francés fuertemente matizado por el acento germánico.

—No, por cierto, repliqué yo, quiero hacer vuestro conocimiento, me intrigáis demasiado, señor profesor Kruhl.

—Os digo que me dejéis, ¿escucháis? Soy libre de hacer lo que me dé la gana, no hago ningún mal.

—Es precisamente lo que hace falta probar.

—¿Con qué derecho me interrogáis?

—Hay quejas contra usted, le dije yo, y tengo un mandamiento de arresto librado por el juez de instrucción del Havre.

Se puso pálido como un muerto, la angustia y el espanto se pintaron en su semblante.

—Señor, suplicó, dejadme ir, es preciso; yo no hago ningún mal, soy simplemente un sabio, yo hago estudios, únicamente estudios, pero tengo necesidad de encontrar uno, esta noche... no me detengáis, el que tenía se ha muerto y preciso uno en seguida... y agregó con una sobreexcitación espantosa: sin esto, *ella* va a morir... y si muere no podré volverla otra vez a reanimarla... si muere... si muere... todo está perdido... perdido....

Hizo un gesto brusco, se desprendió de mí y partió a todo correr, sin que yo, que me quedé paralizado por la sorpresa, intentase perseguirlo. Con el corazón laténdome, apresuradamente me escondi detrás del muro de la fortaleza roja. Después de una larga espera vi reaparecer al profesor Kruhl, que arrastraba

detrás de él un animal vivo al extremo de una cuerda; la puerta se cerró tras él y a poco escuché el alarido prolongado de un cerdo a quien se degüella.

Después de este emocionante encuentro se sucedieron los días en un furioso estado de enervamiento; veinte veces estuve a punto de ir al Havre a contar al Procurador de la República todo lo que sabía del profesor Kruhl. Su actitud cuando le hablé del juez de instrucción me probaba claramente que no temía que la justicia se ocupase de sus negocios; por tanto este hombre no hacía mal a nadie y el hecho de matar un cerdo cada noche no era realmente suficiente para hacerlo detener.

—Si *ella* muere, no podré esta vez volverla a reanimar.... Si *ella* muere todo está perdido....

¿Quién es *ella*? ¿A qué criatura hacía alusión? ¿Qué ser era aquel que estimaba en tanto? ¿Era, pues, para asegurar esa existencia por lo que precisaba, cada noche, inmolar un cerdo? No podía ser una bestia salvaje regalada con carne cruda, puesto que los cuerpos de las víctimas eran arrojados intactos al mar. ¿Era, pues, la sangre, nada más que la sangre fresca lo que ella necesitaba? Yo me hacía las más absurdas conjeturas, perdía el apetito y el sueño, por lo que resolví salir de dudas y costase lo que costase penetrar en la mansión del profesor Kruhl.

Al asalto de la fortaleza roja

Mis preparativos fueron rápida y discretamente hechos. Fui al Havre, compré diez metros de cuerda fuerte con nudos, un gancho de hierro, cloroformo y también un excelente revólver. De vuelta en Cauville, deposité secretamente este material en un rincón del arenal, no lejos de la fortaleza roja; después, todas las noches, cualquier tiempo que hiciese, emboscado detrás de las altas retamas, vigilaba las puertas de hierro. Intentar el asalto de la fortaleza cuando sus tres habitantes se encontraban reunidos, era una locura; era preciso esperar que a lo menos dos de ellos estuviesen ausentes, pues yo sabía que el profesor y sus acólitos se paseaban a veces fuera de sus dominios.

Esto no sucedió más que a la vigésima noche, cuando ya empezaba a desesperar. Hacía las once de la noche tuvo lugar el degüello cotidiano del cerdo; a las doce vi por fin abrirse suavemente la puerta de hierro, uno de los gigantes apareció, inspeccionó el arenal, hizo una señal y el profesor Kruhl apareció: vi al gigante cargar sobre su espalda un par de grandes redes semicirculares y des-

ACTUALIDADES

aparecer con su amo en uno de los senderos del acantilado: el profesor Siegfried Kruhl iba a pescar.

Cuando los dos hombres estuvieron lejos, me lancé fuera mi escondite laténdome el corazón fuertemente; tuve miedo en aquel instante y estuve a punto de retroceder, de renunciar a mi pesquisa y dejar que el alemán se consagrara en paz a sus estudios, pero la convicción en que me encontraba de que iba a descubrir detrás de aquellos muros alguna cosa espantosa, extraordinaria o fantástica, hizo que me repusiese de mi desfallecimiento. Corrí al sitio donde había depositado mi material, volví sin ruido, provisto de la cuerda con nudos, al extremo de la cual había atado sólidamente el gancho de hierro y empecé el asalto de la fortaleza roja.

Había escogido el punto del muro más alejado de la puerta de entrada, tenía unos siete metros de alto y me fue preciso lanzar once veces la cuerda antes de poder conseguir que el gancho se fijase sólidamente en un intersticio de la pared. En algunos instantes alcancé la cima del muro sobre la que me puse a caballo, después subí la cuerda y la hice descender por el otro lado: escuché, todo estaba en silencio, me dejé resbalar y me encontré dentro de la plaza.

En el centro del vasto cuadrilátero se elevaba la casa oscura y maciza; todo al rededor, adosadas a los muros exteriores ví construcciones de formas diversas; la ventana de uno de estos pabellones estaba abierta y alumbrada, trazando sobre el suelo una ancha faja de luz. Me detuve un momento: evidentemente se encontraba allá el otro guardián esperando la vuelta del amo, me podría ver o escuchar... Sin embargo, nada se movió. A paso de lobo, reteniendo mi respiración, me aproximé, miré, el hombre sentado en un sillón dormía. Un paso, un movimiento podía despertarlo. Sin ruido, vacié el frasco de cloroformo sobre mi pañuelo, me aproximé a la ventana y lo lancé diestramente sobre sus rodillas. El dormiente hizo un movimiento pero no se despertó; esperé un poco y después salté por la ventana: el alemán abrió los ojos, me vió, se levantó, pero la droga había hecho su efecto, había paralizado su cerebro, se tambaleó y cayó de rodillas. Le puse el pañuelo sobre la cara manteniéndolo con las manos, y no pudo resistir y acabó por desvanecerse. Con una cuerda extremadamente resistente de que me había provisto lo até sólidamente. Estaba salvado. Nada podía por el momento impedirme penetrar al recinto del profesor Kruhl.

Eché una mirada a mi alrededor, la pieza donde reposaba el guardián nada tenía de particular; miré maquinalmente

la lámpara que la alumbraba y ví que era una bombilla eléctrica. La electricidad estaba instalada en la fortaleza roja. ¿De dónde procedía? Volví al patio y ví primeramente la puerta de entrada armada de una cerradura como una caja de caudales, después penetré en el primer pabellón: una emanación violentamente ácida hirió mi nariz y mi garganta, encendí mi linterna, estaba en una sala de acumuladores, los había en gran cantidad; en una pieza contigua se encontraba el dinamo y su motor. El pabellón que seguía era el matadero de los cerdos. Me dirigí hacia la casa que nunca me había parecido tan oscura ni tan siniestra. Una puerta baja se abría en uno de sus frentes, la empujé y cedió.

La solución del enigma

Atravesé el zaguán; estaba muy sombrío, pero la viva claridad de mi linterna me mostró un vestíbulo al fondo del cual empezaba una escalera. En el momento de subir el primer escalón fue cuando escuché EL RUIDO.

¡Dios mío, cómo permanece en mi oído el recuerdo de aquel ruido! En este mismo momento lo oigo, lo sigo oyendo y lo oiré siempre!

Era un ruido un poco sordo pero neto, un ruido que se renovaba a intervalos aproximados y rigurosamente iguales: me detuve al pie de la escalera y lo escuché presa de una profunda angustia. El ruido en sí mismo no tenía nada de espantoso, pero lo que me turbaba era que me fué imposible en el momento comprender su causa, de adivinar su procedencia: era un toc-toc regular, muy regular para ser de origen humano, muy suave para no provenir más que de un mecanismo; era una cosa así como el tic-tac de un enorme movimiento de relojería, y sin embargo aquel ruido no me era desconocido, me recordaba alguna cosa, lo había escuchado en algún sitio. Ascendí cuatro o seis escalones, el ruido se precisó entonces de repente, yo me acordé; sí, conocía aquel ruido, no por haberlo escuchado, sino por haberlo *sentido*, ese toc-toc regular, a la vez poderoso y suave; aquella especie de pulsación rítmica, era... se parecía absolutamente a los latidos del corazón.

Un sudor frío me inundó por entero; ¿qué había allá en lo alto? Me repuse, tomé valor y en dos saltos me puse en lo alto de la escalera. Terminaba en una puerta de cristales: sin duda el profesor Kruhl confiaba demasiado en la altura de los muros exteriores, porque ninguna puerta estaba cerrada con llave. Abrí aquella con la facilidad que las otras y penetré en una vasta pieza cuadrada absolutamente a oscuras; había apagado mi lin-

ACTUALIDADES

terna. En las tinieblas, un poco a mi izquierda, el ruido se escuchaba neto, poderoso, algo metálico y también una especie de glou-glou de bomba. Encendí mi linterna y la dirigí hacia el sitio de donde el ruido provenía.

No era más que una máquina, y aun cuando su imagen se grabó en mi memoria me es imposible dar aquí de ella una descripción siquiera aproximada; era una cosa extraordinaria que no se parecía a nada. Tendría metro y medio de altura y su forma recordaba a la pirámide. Era toda ella de metal blanco y presentaba un conjunto desconocido de cuadrantes, engranajes, pistones, manivelas, palancas, funcionando con una precisión y regularidad admirables: solamente que marchaba a golpes; las ruedas, los pistones, las palancas, ejecutaban sus movimientos y después se detenían; volvían a marchar y esto era lo que producía el ruido: la máquina no giraba, no retumbaba, golpeaba como mis arterias golpean también; me di cuenta que las pulsaciones del aparato concordaban absolutamente con las de mi corazón.

En aquel instante mi atención fue atraída por dos tubos de metal que partiendo de lo alto de la máquina seguían por la pared de la pieza; los seguí con el rayo de mi linterna y ví que terminaban en una especie de zócalo igualmente de metal; de la parte inferior del zócalo salían otros dos tubos que terminaban en la máquina; en la parte superior y como engarzada había una cabeza humana.

Todavía me estremezco al trazar estas líneas y me es imposible expresar la impresión de espanto y horror de que fui presa en aquel instante. No quería mirar y mis ojos no podían apartarse de allí. Una cabeza de hombre, de unos veinticinco años, de pelo negro, con los párpados cerrados, la boca también, las narices inmóviles pero con el color natural, la piel fresca y rosada, los labios violentamente rojos; esta cabeza QUE NO RESPIRABA parecía viva. De pronto abrió los ojos y me miró.

Di un paso hacia atrás, la linterna se escapó de mis manos y se rompió sobre el piso, todo volvió a quedar en las tinieblas; entonces oí una voz.

Era una voz sin timbre, que hablaba bajo, sin emitir sonido, como se habla cuando se padece una violenta enfermedad a la garganta; la voz dijo:

—¿Eres tú, verdugo?

Yo era incapaz de responder, y volvió a decir:

—¿Eres tú, verdugo? ¿Por qué me despiertas? ¿Qué quieres hacerme todavía?

Al sonido de esta voz lamentable mi espanto se había ido disipando; tanteando encontré el contador, le di vuelta y todo se inundó de luz y arriba del zó-

calo de metal ví la cabeza que continuaba hablándome.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo has podido descubrir las astucias de Kruhl? Si, ya veo, tienes miedo, no comprendes esto. Te preguntas si no eres víctima de alguna pesadilla; no, todo lo que ves es real, yo soy una cabeza cortada.

—¿Viva? pregunté yo.

—Sí, viva por la voluntad y los estudios de Kruhl y tú me vas a librar, vas a romper la máquina, detener el corazón implacable y darme la muerte de que él me ha arrancado!

—¿Quién eres? interrogué.

—¿Próspero Garuche, guillotinado en el Havre hace tres años.

—¿El asesino de Elisa Bandu?

—El mismo.

Todos los detalles del crimen volvieron a mi imaginación. Había sido un crimen sensacional que había apasionado en su época a toda la opinión pública.

Próspero Garuche, joven empleado, de buena familia de El Havre, había caído en los lazos de una mujer; para sufragar sus gastos había cometido irregularidades, después falsificó y por último robó; quiso librarse de ella, abandonarla, y ella entonces le amenazó con denunciarlo a la justicia y exigió nuevas sumas de dinero; medio loco perdió la cabeza y la asesinó de un botellazo en el cráneo que la mató instantáneamente. Los debates fueron muy movidos, la opinión era enteramente favorable a Garuche y se esperaba un veredicto de inculpabilidad, pero el jurado fue implacable y Próspero Garuche fue condenado a muerte. La ejecución tuvo lugar en El Havre, a presencia de enorme concurrencia.

—¿Te acuerdas? preguntó la cabeza.

—Sí, respondí yo, ¿pero cómo has ido a poder de Kruhl?

—Mi familia había reclamado mis restos para evitarme el anfiteatro, pero Kruhl les pagó diez mil francos. El negocio lo propuso él con larguezas: en Alemania no se guillotina, por lo que vino a experimentar su máquina en Francia.

Explicaciones científicas

—Pero, en fin, exclamé yo, ¿cómo es posible, puesto que no tienes cuerpo, que estés vivo? Para vivir es preciso un corazón, un estómago, pulmones....

—No; ¡para vivir sólo hace falta sangre! Escucha, vas a comprenderme.

Y la cabeza continuó con aquella voz neta pero apagada, tan impresionante:

—Hace mucho tiempo que los anatómicos han tratado de reanimar la cabeza de un guillotinado; parten del principio de que la sangre es la única que produce la vida, y todos los órganos del

ACTUALIDADES

cuerpo humano no tienen otras funciones que purificarla y regenerarla. Por la dilatación de los alimentos el estómago la renueva y la enriquece, los pulmones la depuran oxigenándola, el hígado y los riñones la filtran, y en fin, el corazón la hace mover y circular. Pero como por otra parte es el cerebro el que hace funcionar al corazón, estómago, pulmones, y es la sangre, sólo la sangre la que anima el cerebro, tú comprenderás que es ella, nada más que ella, la sangre, la que engendra la vida. Entonces se ha fundado que si se pudiese bañar el encéfalo de una cabeza cortada, con sangre inyectada en los vasos del cráneo a la temperatura y a la presión normales, se la haría resucitar. Se ha ensayado: se han unido las carótidas de un perro vivo a las de una cabeza de un ajusticiado y la cara se ha animado, los labios se han movido, los ojos se han abierto, solamente que las condiciones de la experiencia eran muy imperfectas: en el mundo hasta hoy sólo ha tenido éxito Siegfried Kruhl y soy yo, Próspero Garuche, quien le ha servido de sujeto.

Yo escuchaba sin decir palabra: toda esta exposición científica, tan clara, tan precisa, me confundía; rehusaba creer que una cabeza cortada me pudiese hablar de aquella manera.

—No ignoro, dije yo, los experimentos que acabas de citar, pero creía que la imposibilidad que tenían para tener éxito, provenía de ruptura de la médula...

—Es un error, no es más que una cuestión de circulación, basta que el bulbo se encuentre intacto, este es precisamente el gran descubrimiento de Kruhl. No te describiré los detalles del corazón artificial que ha concebido su genio. Pero, mira, escucha qué bien late; es un motor eléctrico quien lo mueve, aquella bomba de sangre de cerdo (la que más se aproxima a la del hombre) la inyecta en mis carótidas y mi cerebro es bañado por un fluido siempre fresco, porque la máquina hace todo: la toma, la reoxida por una insuflación de oxígeno, la mantiene a la presión normal y por un serpentín eléctrico la recalienta, a fin de que no pueda coagularse; yo te aseguro que es una maravilla.

—Pero ¿por qué, pregunté yo, mata un cerdo todas las noches?

—¡Ah! ¿sabes eso? Es que, a pesar de todo, la sangre se corrompe y se precisa fresca cada veinticuatro horas.

—Comprendo, son estudios admirables.

—Malditos, dijo la cabeza.

—¿Por qué?

—El hombre no tiene derecho a traspasar las leyes de la naturaleza y a turbar la paz de los muertos. Cuando yo era un hombre tenía miedo de la muerte como los otros; ¡si supieses que es más dulce que la vida!

Hubo un corto silencio, la cabeza cerró los ojos como para recogerse, su cara se tornó un poco pálida y no se escuchaba más que las pulsaciones de la máquina que latía allá abajo.

—¿Me comprendes bien? preguntó la cabeza.

Hice un signo afirmativo y ella replicó:

—Hablo en voz baja porque la cuchilla cortó los músculos de las cuerdas vocales, hiriéndolas de atonía; si hubiera caído algunos milímetros más arriba, hubiera quedado mudo; Kruhl no había pensado en esto.

Después continuó:

—No hay que creer que los condenados temen el castigo; viven después de su crimen tantas horas atroces, que no aspiran más que al olvido. Desde el instante en que maté a Elisa mi existencia llegó a ser una cosa infernal. Entonces, cuando una mañana, al amanecer, el verdugo vino a buscarme, fui casi feliz, iba por fin a desembarazarme de los recuerdos, de los remordimientos, de todo lo que me mortificaba. La vista del cadalso es ciertamente penosa, pero es tan rápido, se bascula y después de un golpe se sumerge en el silencio y en la noche; no se siente la cuchilla, no hay dolor, desaparece, esto es todo, no hay más pensamientos, se da uno cuenta de que está muerto, alguna cosa subsiste que se siente dormir como un sueño apacible, como jamás se ha conocido. Pero Kruhl me arrancó de ese anonadamiento e hizo revivir en mí lo que piensa, lo que sufre, el cerebro. ¡Ah! ¡el monstruo!

Yo no sabía qué decir, qué responder; hubo un nuevo silencio, durante el cual sentí latir la máquina, después la cabeza replicó gravemente:

—¡Lo más horrible es que siento mi cuerpo! ¡Si, yo siento mis brazos, mis manos, mi pecho, mis piernas, todos mis miembros, quiero servirme de ellos, quiero marchar, correr, respirar, comer, como cuando era un hombre, y no hay más que una cosa mutilada! Tú no puedes saber, prosiguió la cabeza, las veces que yo he rogado, suplicado a Kruhl que me hiciese morir, pero jamás ha querido, soy su obra maestra y es por eso que me conserva con una pasión desenfrenada, pretende que soy toda su vida, tiene algunas veces crisis de exaltación y delira, se cree más fuerte que Dios. Es un loco, créeme, lo conozco bien, es un genio loco y tú que eres un hombre con un corazón, con un verdadero corazón de carne, tendrás piedad de mí; tú vas a romper la máquina y libertarme.

—Eso es imposible, exclamé yo profundamente turbado, es de Kruhl todo esto, es el fruto de sus estudios y yo no puedo destruir una obra semejante.

—Sí, tú no puedes ni debes condenarme a sufrir indefinidamente el suplicio

ACTUALIDADES

La misteriosa «Legión Extranjera»

UNICA en el mundo por su organización y su especial manera de ser, la «Legión Extranjera» del ejército francés es el organismo militar más extraño, más interesante y más romántico que se cobija bajo los pliegues de la bandera de un país civilizado. La «Legión Extranjera» es en sí misma un ejército: el ejército de los desheredados, de los malditos, de los desechados de todas las naciones del mundo. Es algo así como un hospicio moral, como un monasterio, al cual se retira el pecador para entregarse a la penitencia, una penitencia que consiste simplemente en obedecer y obrar. En la Legión tienen cabida todos los hombres; en sus filas encuentra un puesto lo mismo el malhechor que el desesperado o el perseguido injustamente. A nadie se le pregunta su nombre, ni de donde viene, ni lo que ha hecho. Sólo se exige que el candidato sea robusto, que pueda llevar una pesada mochila, soportar largas marchas y manejar un fusil. Pero una vez admitido, debe ser un soldado obediente, disciplinado, respetuoso con sus jefes y cariñoso con sus camaradas. Y, sobre todo, debe ser valiente, porque el valor ha sido siempre el carácter distintivo de la «Legión Extranjera.»

«En otros cuerpos se puede vencer; en la Legión se sabe morir;» tal es el lema bordado en la bandera de este extraño regimiento cosmopolita, que ha sellado con su sangre innumerables campos de batalla.

Desde 1831, en que fué enviada a Argelia, la «Legión Extranjera» no ha dejado de pelear por el país, que, a cambio de su intrepidez, rehabilita a tantos desgraciados. Las medallas, condecoraciones y honores ganados por este puñado de hombres de todas las nacionalidades, formarían interminable lista. Los oficiales del ejército francés se sienten orgullosos de mandarlos; el número uno de cada promoción de la Escuela de Saint Cyr es destinado a la Legión, y todos los que han estado en contacto con ella, desde el general Saussier, que alcanzó en sus filas todos sus grados, hasta el comandante Probat, muerto a su frente en Casablanca, han declarado siempre

que el mando de este curioso cuerpo significaba el más glorioso periodo de su carrera.

En otros tiempos, los franceses no podían figurar en las filas de la «Legión Extranjera;» hoy componen la cuarta parte de los 14.000 soldados que, aproximadamente, forman su organismo. El resto lo constituyen individuos de más de veinte nacionalidades distintas. Actualmente hay en la Legión, no sólo gente de todos los países de Europa (entre ellos bastantes españoles), sino también americanos, egipcios y chinos. No es cosa fácil, ni mucho menos, averiguar la verdadera nacionalidad de algunos de estos soldados, pues muchos ocultan su nombre y patria verdaderos.

Si pudiese saberse la historia de una compañía, aunque más no fuese, de legionarios, seguramente habría asunto para un libro voluminoso y curiosísimo cual ninguno. Más de un Príncipe de alguna familia reinante de Europa, desaparecido repentinamente del mundo, ha formado, o acaso forma todavía, bajo nombre supuesto, en las filas de los legionarios; no hace mucho figuraba en ellas un obispo ruso, y desde luego, es considerable el número de individuos que han sido oficiales y jefes de ejércitos extranjeros, y que están allí como simples soldados.

Y lo más curioso es que la mayor parte de los legionarios son alemanes.

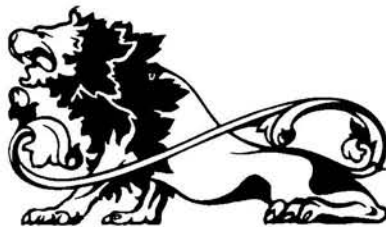
La creación de las legiones extranjeras data verdaderamente de la primer República.

Bonaparte las utilizó en sus guerras dándoles gran desarrollo.

Luis XVIII, licenció las legiones de Napoleón y a su vez creó la «Legión Real Extranjera.»

En 1831 se decretó que la «Legión Extranjera» no podría prestar servicio, en el territorio francés continental; pues se tenía poca confianza en ellos, desde entonces la Legión estuvo constantemente en las colonias y tomó parte en todas las expediciones guerreras.

Esta tropa admirable se compone de 7 batallones de ocho compañías cada uno, los hombres están agrupados por nacionalidades, el 1o., 2o., y 3o., alemanes y suizos; el 4o., españoles; el 5o., italianos; el 6o., belgas y holandeses, el 7o., polacos.



ACTUALIDADES

que me tortura; ¡piensa lo que puede ser no tener cuerpo!

¡Ah! aquella voz baja, lamentable, aquella boca, aquellos ojos que me suplicaban sobre un zócalo de metal!

—Quizás, insistió la cabeza, son estudios sorprendentes, pero ¿para qué sirven? ¿Qué utilidad hay en hacer revivir una cabeza cortada? ¿Qué progreso puede aportar a la ciencia? ¿Qué bien puede sacar de ello la humanidad? ¡Esta es la obra fantástica de un cerebro loco!

Sí, reflexionando, en todo esto había algo de monstruoso, de demente, de inútil; y el pobre despojo humano continuó suplicándome:

—Tú que has conseguido llegar hasta mí, no me dejes por mas tiempo en las garras de ese hombre, yo pienso mucho, me acuerdo mucho, no vivo más que en el recuerdo de mi crimen. Elisa... el botellazo... ella cae, creo que no está más que desvanecida, me bajo, la levanto... hay sangre en sus cabellos; ¿es que está verdaderamente muerta? Sí, yo la he matado... y he aquí la prisión, el calabozo, y Gabriel el guardián, después el cadalso. Cuando lo he visto me he asombrado de verlo tan pequeño... después lo he olvidado, luego el experimento; primeramente no me daba cuenta de nada, he creído que me despertaba como todos los días... y luego he visto que no tenía cuerpo.

¡Oh! ¡horror! ¡horror!

El verdadero fin de Próspero Garuche

Yo me estremecía, la cabeza había casi gritado las últimas palabras, mi resolución estaba tomada, mi deber de hombre piadoso y sensible era poner paz en el alma torturada de Próspero Garuche. Sin decir palabra armé mi revólver y colocándome a dos pasos de la máquina apunté al centro de la parte más delicada, la más rica en engranajes, pistones y palancas y disparé tres balas.

La sonora pulsación se detuvo en seco, en medio de ruedas rotas, varillas retorcidas, el líquido resbaló, numerosas gotas rojas corrieron sobre el suelo en arroyos, la máquina se desangraba. Entonces miré la cabeza; una palidez lívida había invadido su cara, sus ojos se habían apagado; se inclinó y de golpe cayó pesadamente al pié del zócalo, en un mar de sangre.

Cómo abandoné el laboratorio del profesor Kruhl, cómo escapé de la casa, cómo atravesé el arrenal y volví a mi lecho en el que me metí presa de una violenta fiebre, lo ignoro: no me queda de esto ningún recuerdo y permanecí en el lecho quince días con una congestión cerebral; solamente después de curado supe que la fortaleza roja, la noche siguiente a la de mi visita había sido devorada por un incendio, terminando por una explosión formidable que pulverizó por completo toda la instalación del profesor Siegfried Kruhl del que no se encontró ningún resto entre las cenizas.—P. AROSA.



Cosas de la Guerra



Los hangares

DESDE que los alemanes se apoderaron de Amberes y empezaron la desesperada lucha por llegar a Calais o Dunkerque, se comunicó que inmediatamente que se apoderaran de alguno de esos puertos, se iniciaría la construcción de *hangares* para los zeppelins. El zeppelin sin el *hangar*, o barraca de preparación y descenso, no puede funcionar. Es un aparato tan complicado que ha menester una instalación especial, no sólo para ponerse en situación de remontarse por los aires, sino también para descender. El zeppelin no puede descender sino en su *hangar*, de tal manera que el *hangar* tiene que seguirlo a medida que se desarrolla su campo de acción. Actualmente las estaciones de zeppelins, con sus resp

vos *hangares*, están bastante distantes de Londres, objetivo principal de la campaña aérea alemana, y por eso es que se trata de construirlos en la costa francesa más próxima a la costa inglesa, en Calais o en Dunkerque, para que los zeppelins los tengan cerca, porque para cada zeppelin es menester uno, si se quiere que no haya tropiezos en su acción. Cada *hangar* es, como se comprende, un verdadero y enorme taller, análogo a lo que es un dique para un acorazado. Seguramente, la acción de los aeroplanos ingleses se dedicará a la destrucción de los *hangares*, si acaso los alemanes se apoderan de Calais o Dunkerque, y a esa acción puede también contribuir la escuadra británica, como ha contribuido hasta ahora a los combates de esa región. La construcción de *hangares* en la costa francesa, no es, pues, cosa de poco momento.

ACTUALIDADES

SANGRE PROCERA

Doña Adela Morazán de Ulloa

A UN alienta en la aristocrática y quieta ciudad de Nueva San Salvador el espíritu del gran paladín y mártir de la unidad de Centro-América.

El ilustre entre los ilustres, que entregó su alma al Todopoderoso el 15 de Septiembre de 1842, por siempre memorable en los anales de la historia patria, que avergüenzan a los partidos políticos desbordados y a la humanidad entera, legó las egregias virtudes de su diamantino carácter y de sus altas cualidades privadas, a la hija única legítima que con apacible orgullo y sentida distinción lleva el esclarecido nombre de ADELA MORAZAN DE ULLOA.

Esta dignísima y por muchos títulos venerable señora, que honra y ennoblece a la tierra predilecta de su glorioso padre con solo su presencia, nació en esta capital en 1836; siendo sus progenitores el entonces Presidente de la República de Centro América, General don Francisco Morazán y doña María Josefa Lastiri, de honorable abolengo.

En compañía de su digna madre se hallaba doña Adela en San José de Costa Rica, cuando el gran caudillo sucumbió, víctima de su noble causa patriótica y de aquella época oscura recién salida de la Colonia, en que imperaron con fuerza incontestable los errores escolásticos y las demagogías del 93, que se han alzado antes y después de aquella tragedia siniestra, contra la razón natural y el equilibrado proceso lógico, biológico y sociológico del mundo. Efemérides por siempre luctuosa será la del 15 de Septiembre de 1842, porque ella, hoy más que nunca, recuerda y hace apreciar en su justo alcance la clara visión de aquel genio de la guerra y de la unidad centroamericana y apóstol de la nueva civilización de América, al empeñar todo su poder y sus prestigios, al ofrendar su sangre y la suerte de los suyos idolatrados, por la fusión y bienandanza de la familia que recibió el legado de 1821.

Cupo en suerte a la esposa e hija del perseguido ex Presidente, hallarse en tierra costarricense cuando se desarrolló la tragedia sangrienta, y para colmo de infortunio, se encontraban prisioneras en la capital de aquel Estado hermano. Consumado el horrible hecho, pero a la vez glorioso martirio, doña María Josefa con su pequeña Adela emprendieron marcha por tierra hacia San Salvador, pasando por Nicaragua y Honduras. Se establecieron en la ciudad de Cojutepeque, y allí permanecieron hasta que, de orden del general Malespin, fueron concentradas a la ciu-

dad de Ilobasco, de donde pasaron a residir por algunos meses a Sonsonate.

El Dr. Eugenio Aguilar había sucedido en el Poder al general Malespin, y aprovechando esa circunstancia, las distinguidas confinadas regresaron a San Salvador, en donde se radicaron hasta 1846, año en que falleció doña María Josefa. Huérfana la pequeña descendiente del General Morazán, regresó a Cojutepeque, y en el hogar de su Albacea, general don Cruz Lozano, permaneció hasta 1854, época en que se unió en matrimonio con el Dr. Cruz Ulloa, ahora extinto.

Como un claro de luna después de noche tenebrosa e insomne, figura doña Fermína de Velado en la existencia de Doña Adela; porque fué esta apreciable señora quien en Cojutepeque se consagró a enseñarle nociones de gramática, aritmética, costura, etc., que tanto influyen en la vida corriente.

Doña Adela Morazán y Lastiri de Ulloa es un sol en el ocaso; pero refleja aún sobre la frente de su ilustre descendencia y en las altas cumbres del liberalismo centroamericano las claridades apacibles del astro que ha descrito su órbita vivificando y embelleciendo la vida con su influencia y su calor. A pesar de su longevidad, doña Adela conserva, casi intacta, su clara inteligencia y de un modo entero, su carácter, única pero inapreciable herencia que le dejara su padre. Su idiosincracia dúctil a lo bello y grande, se distingue por su natural refinamiento, que aquilatan sus maneras cultas, su trato amable y simpático, realzado aun más por su sentida modestia, exenta de deprimientes pretensiones, pero sin menoscabar la dignidad del sexo ni deslustrar el blasón que por su propio valer y por la historia corresponde, puede decirse, a la primera y más encumbrada matrona de Centro-América.

Los coetáneos del ex Presidente Dr. don Francisco Dueñas refieren que este ilustrado Gobernante salvadoreño, en todas las funciones oficiales a que concurrían las señoras principales de aquel tiempo, era el cortejo obligado de doña Adela, mujer de gran corazón, que ha sufrido, cual humana María Nazarena, con los ataques de que ha sido víctima su padre, por aquellos que no lo han comprendido, por los envidiosos, y con la ingenua resignación de un alma cristiana les ha perdonado, y con razón, «porque no hiera el que quiere sino el que puede».—CARLOS URRUTIA F.

Salvador marzo de 1916.

ACTUALIDADES

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA

Un episodio de Joffre

JOFFRE, el taciturno! Esta gran figura de la Francia moderna es un hombre triste, taciturno. Hace muchos años que pesa esa grave melancolía sobre su espíritu. Tiene una antigua herida sin cicatrizar, ha dicho otro veterano de la guerra del 70, que fué compañero del caudillo de ahora. Y el lance sentimental de la juventud de Joffre, *la antigua herida sin cicatrizar* corrió de boca en boca, con el encanto galante y bizarro de un paso de romance.

Un año después de la guerra, llegó a París una linda alemana, Gretchen von Hildesheim. Tenía diez y seis años, como Margarita, y era rubia y blanca como la heroína de Goethe. Era una dulce doncella de balada alemana; sólo faltaba el ruiseñor y el claro de luna, y Joffre, que era entonces un oficial romántico y valiente, supo poner los versos más amorosos a esta linda tonadilla germánica.

En vez de los bosques sagrados y las viejas abadías, los amantes tuvieron por fondo un pintoresco telón del barrio Latino. Algún paseo crepuscular por el *Bois de Boulogne*, selló dulcemente aquella alianza, de un modo muy galante, que no podrían sospechar en las cancillerías. Margarita de Hildesheim recompensó largamente al oficial de la nación vencida, y las rosas de Venus hicieron olvidar al caudillo los laureles de Marte.

No contaban los amantes con el orgullo del conde de Hildesheim. Eran el orgullo militar y el orgullo de raza, rancia casta descendiente del Emperador Federico Barbarroja, los que formaban una barrera inexpugnable entre el idilio de la rubia *Gretchen* y el romántico oficial.

—Mi hija no se casará nunca con un francés—exclamó despectivamente el viejo general germano.

Joffre recibió la negativa como un latigazo en la cara. Francia era entonces una pobre vencida, amarrada al carro triunfal de Guillermo I. La altivez prusiana era un insulto constante. Alemania se sentía grande, cubierta de gloria. El sueño imperial que acarició Barbarroja iba a ser una luminosa realidad. Era la apoteosis magnífica de la Germania que había preparado el pensamiento teutón, resplandeciente sobre los escombros

del podrido imperio napoleónico. Era la férrea férula de Bismarck venciendo a Voltaire. La guerra contra la gracia.

Pero contra el orgullo militar se alzaba la ardiente rebelión de dos muchachos apasionados. A la media noche, la ventana de Margarita tenía el encanto poético del balcón de Varona. El Romeo militar y la rubia doncella del Rhin, revivieron la clásica leyenda de amor y de odios feroces de montescos y capuletos. La luna encendía su antorcha de plata para alumbrar el beso de despedida. ¡Qué pronto cantaba la alondra de la mañana! Y el ciego ruiseñor seguía trinando en el encantado jardín interior.

Alguna vieja dueña le contó al conde cómo un oficial francés iba todas las noches a hacer el trovador ante la ventana de Margarita. Tenía la niña tres hermanos, oficiales de la Guardia Imperial.

Joffre se batió una mañana, en el bosque de Vincennes, con el hermano mayor. Los otros dos aguardaban el resultado del combate. Era un combate cruento para Joffre. Era un gran tirador de espada, pero no podía matar al hermano de la mujer a quien amaba. Aquel prusiano, a quien odiaba como buen francés, era para él sagrado. Sus compañeros de armas consideraban aquel combate como algo propio del honor nacional. Sin embargo, el oficial francés no quiso llevar la muerte al hogar de Margarita, y se dejó dar una estocada en medio del pecho.

A Margarita le dijeron que su amante había fenecido en el duelo. Tres días después partió de París la orgullosa familia del conde de Hildesheim. Pero Margarita no volvió a Alemania. El Sena turbio y trágico, el río de los suicidas, arrastró bajo sus puentes el cuerpo de aquella rubia Ofelia alemana, que supo morir por amor como una heroína del divino Enrique Heine. Las sirenas de Loreley cantaron para la blanca *Gretchen* en el fondo lúgubre del Sena.

Hace cuarenta y cuatro años de este episodio digno de una balada del genio elegíaco de Becker. Joffre era un joven romántico, locuaz, apasionado. Desde entonces su espíritu se trasmutó melancólicamente. Hoy, lleno de gloria, es Joffre *el taciturno*. ¡Tiene en el pecho *una antigua herida sin cicatrizar!*

Joffre odia el orgullo alemán, esa altivez bárbara y sin entrañas de los Hil-

ACTUALIDADES

desheim, descendientes del medioeval Emperador Barbarroja. Este admirable caudillo es la sombra de la venganza. El año 1872 recibió una doble herida en medio del pecho, que aún sangra en su corazón.

Un soldado de la Legión Extranjera me ha contado este episodio, que los *peludos* repiten en el horror de las trin-

cheras, ante la avalancha heroica y refulgente, como una visión wagneriana, de los ejércitos del Kaiser Guillermo.

Silencioso, misterioso, detiene desde hace un año su marcha triunfal, el caudillo que tiene una herida en el pecho.

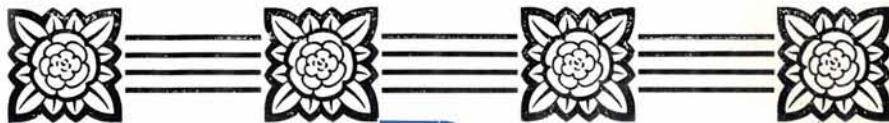
Joffre, el taciturno!

EMILIO CARRERE.



DR. MIGUEL PERALTA LAGOS

Médico y Cirujano salvadoreño, cuyo fallecimiento ha causado honda sensación de pesar en esta capital, por haber sido el extinto, no solamente un médico notable, sino un filántropo que deja recuerdos de su noble espíritu en muchos hogares pobres.



NOVEDAD! X NOVEDAD!
La
Zurcidora Mecánica

Con este aparato hasta un niño puede rápidamente y SIN IGUAL perfección, **zurcir**
y remendar medias, calcetines y tejidos de todas clases, sean de seda, algodón, lana o hilo.

No debe faltar en ninguna familia

Su manejo es sencillo, agradable y de efecto sorprendente.
Cada **Zurcidora Mecánica** va acompañada de las instrucciones precisas para su funcionamiento.

FUNCIONA SOLA sin ayuda de máquina auxiliar

Se remite libre de gastos,
previo envío de

Dos Dollars,
oro americano,

en billetes de banco o en cheque, a la Sociedad

PATENT MAGIC WEAVER

Paseo de Gracia, 97.

España, Barcelona.

Dr. Pedro Mejía,

MÉDICO Y CIRUJNO



Calle de Mejicanos, frente a la

Fotografía de Chávez,

San Salvador

Pida usted el
Aguardiente de LA GUEVA

ES EL UNICO COMPETIDOR DEL MARTELL

Usted se asombrará al probar este licor;
es de intachable finura, y agregándole usted, bitter, obtendrá un sabroso Cocktail.

**Por cajas y botellas para agentes,
grandes descuentos**

Escriba hoy mismo pidiendo a

PEDRO M. RAMIREZ

o "Los Camarones"

SANTA ANA.

TIPOGRAFIA

LA UNION

DE DUTRIZ HERMANOS

SAN SALVADOR



Toda clase
de trabajos de Imprenta
BUENOS Y BARATOS

HOTEL

FLORIDA

Santa Ana, El Salvador, C. A.



EL MEJOR DE

Occidente